Nuestras propias historias

Artes, oficios, profesiones y pasatiempos II








Artes, oficios, profesiones y pasatiempos

II

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978 9942 22 346 3

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice




RUSTY ANDRÉS MORALES
nació en Cotacachi, Imbabura, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Ulpiano de la Torre. Su actividad favorita es hacer deporte.

Un sueño, mi futuro

Durante mi infancia ocurrió un evento que cambió mi vida, ¡por completo! El recuerdo de aquel día me inspira y motiva para seguir adelante. Yo tenía cuatro años, y en una mañana tranquila sucedió lo inesperado.

Mi madre, que hacía tiempo llevaba adelante el trabajo de un grupo de mujeres emprendedoras, recibió la noticia de que

estaba invitada a un programa de capacitación que tendría lugar fuera del país.

Ese detalle nos traería algunos problemas, como el hecho de que mi padre no quisiera que fuéramos, y tampoco quisiera venir. Todo parecía estar en contra del viaje, pero mi papá lo consideró y, a último momento, aceptó. Todo marchó bien luego de su permiso, pues los boletos del avión ya estaban asegurados.



Mi madre decidió ponerme nuestra vestimenta tradicional para el viaje, ese pequeño detalle tendría gran importancia. Todos estaban admirados de nuestra ropa y hasta tuve la oportunidad de entrar a la cabina de los pilotos del avión. Fue increíble ver todos los equipos y todo lo que tienen que controlar… quedé maravillado. Desde ese momento, una sensación de emoción creció dentro de mí, ver todo eso me motivó a escoger qué quería ser de grande. Fue tan maravilloso que no quería bajar, deseaba quedarme ahí para siempre aunque sabía que eso no era posible. Justo en ese momento, el piloto me miró y me dijo: “Nunca te des por vencido, siempre camina hacia adelante y un día podrás volar”, palabras que siempre tendré presente, hasta lograrlo.

Aunque sé que la decisión que tomé podría parecer apresurada y las personas se burlen de mí, no me importa: quiero ser piloto y un día llegaré a serlo. Todos los días que pasan miro al cielo, cada vez que suena un avión lo observo, miro lo alto que puede llegar y sueño con estar ahí algún día. Aunque el camino no será fácil y habrá muchos obstáculos, llegaré a cumplir mi sueño de volar por el cielo infinito.




FAUSTO ARTURO TAPIA
nació en Quito, Pichincha, en 1981. Actualmente es piloto de aviación del Ejército. Su hijo Fausto Elías Tapia Villacís estudia en el Centro Educativo Semionovych.

Lo gratificante de mi trabajo

Desde niño miraba al cielo y me encontraba con aquellos pájaros de acero que surcaban los aires. Ahí empezó mi sueño de convertirme en piloto de aeronaves. "¿Qué quieren ser cuando sean grandes", preguntaba la profesora a los niños que se encontraban en el aula. "Veterinaria, futbolista, ingeniero químico", eran algunas de las respuestas. Todo lo que te propones



lo puedes lograr pero no te olvides de que, para conseguirlo, es necesario realizar sacrificios y trabajar con entusiasmo para llegar a la meta.

Me enfoqué en cumplir mi sueño. Desde luego no fue fácil pero la satisfacción por hacer lo que te gusta siempre traerá sus recompensas. Recuerdo claramente esta anécdota.

Hace un par de años me encontraba descansando en mi habitación junto a mi familia. De pronto, entró una llamada a mi celular. Era mi comandante que me solicitaba atender una emergencia en el oriente. Preparé el helicóptero, tomé las coordenadas y partí en busca de la emergencia.

Llegué al punto señalado. “Hay dos personas que sufrieron un ataque de serpiente”, me dijeron. Dentro de la selva es difícil trasladarse y los heridos aún se encontraban lejos del punto indicado. “Los minutos son valiosos”, pensé y me trasladé con mi helicóptero en busca de los heridos. Al cabo de unos minutos divisé una embarcación que se alejaba rápidamente de un punto en el río. “Ese debe ser el lugar”, pensé. En efecto, ahí trasladaban a los heridos que no habían sido atacados por ninguna serpiente, sino por un caimán. Sabiendo que ese caso era extremo, subí a los heridos a la aeronave y los trasladé, a gran velocidad, hacia el centro de salud más cercano donde pudieron salvarles la vida.

Esto es lo gratificante de mi trabajo, y para llegar a cumplir mi sueño siempre llevo presentes aquellos mencionados sacrificios como las largas horas de estudio, que fueron tediosas, pero al final tienen este tipo de recompensas.




JANINA MONSERRATH RAMOS
nació en Ambato, Tungurahua, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato. Su actividad favorita es jugar baloncesto.

Mis increíbles experiencias en un bus

Cuando era pequeña, es decir cuando tenía entre tres y cuatro años, mi papá compró un bus muy enorme que parecía una casa rodante. Me encantaba el color de ese autobús, era rojo y con combinaciones de blanco, con un número infinito de asientos

azul marino que me recordaban al mar, que es mi lugar favorito en el mundo. Cuando subí por primera vez a ese bus sentí que podía conocer cualquier lugar del mundo, sentía que podía recorrer desde Carchi hasta Loja; dicho de otra manera, desde el norte hasta el sur del Ecuador.

Adicionalmente, mi papá había creado un pequeño asiento de color negro y lo había colocado a su lado, en una pequeña superficie. Desde ahí se podía ver lo que recorría y a la gente que transitaba por la calles. Creo que en ese tiempo nació mi cariño



y mi afición por viajar, por conocer diferentes lugares, por vivir experiencias únicas en los maravillosos lugares de nuestro país.

Recuerdo que el primer viaje que realizamos fue a Guayaquil, donde disfrutamos de la deliciosa comida guayaca, como son los deliciosos encebollados, y nos tomamos fotos en el Malecón 2000, que en esa época estaba recién construido. Allí también nos tomamos la mejor foto familiar, que ahora tenemos enmarcada y colocada en la sala.

Recuerdo que siempre ayudaba a mi padre a limpiar ese bus, ya que, como era muy grande, era muy difícil de asear. Lo ayudaba de cualquier forma: limpiando los vidrios o llevando la manguera. El último recuerdo que tengo de ese vehículo es mi primer viaje a la playa, uno de los mejores recuerdos que tengo en mi mente, ya que entonces conocí el mar, la brisa y el hermoso sonido de las olas. Además compartí con las personas que más quiero, es decir, mis hermanos y mis padres. Ahí creé mi primer castillo de arena y celebré mi cumpleaños con un delicioso pastel.

Sin embargo, un año después, mi papá vendió el autobús que tanto me gustaba, donde viajé a muchos lugares y viví inolvidables experiencias con mi familia. No olvido el día en que vino el comprador y se lo llevó, la tristeza inundó mi corazón. Pero sé que algún día tendré mi propio carro para poder viajar a cualquier lugar que quiera.




JORGE ERNESTO FLORES
nació en Cayambe, Pichincha, en 1969. Trabaja en la Unidad Educativa Aquiles Pérez Tamayo. Su actividad favorita es impartir Educación Física.

Un año en el infierno verde

Empezábamos el año 1988, y en televisión y radio se escuchaba el llamado al acuartelamiento para los jóvenes varones nacidos en 1969. En ese entonces se llamaba Servicio Militar Obligatorio (SMO). Siempre nos inculcaron que todos teníamos que pasar por el cuartel, "para hacernos hombres", decían.

Era sábado, 04h00.

—Despierta, mijo, vamos —dijo papá sacudiendo mi hombro.

—Mmm… no, papi, voy más de día y voy solo —respondí entre dormido y despierto.

—No, no, no, ¿qué te pasa? Yo me fui solo al cuartel porque no tuve padre, pero tú me tienes a mí —insistió.

Fue tanta la persistencia de mi padre por acompañarme que terminó convenciéndome. Me levanté, me vestí y cogí mi caja, para luego pasar al cuarto de mi madre, quien se encontraba sentada en la cama con los ojos llenos de lágrimas.

—Te vas, mijo —exclamó.

—Sí, mami, deme la bendición. Si me reciben me quedo y si no, ya regreso —le dije.

Salimos en la obscuridad de la madrugada hacia la Panamericana, en busca de un carro que nos llevara a la capital.

Eran las siete de la mañana cuando llegamos al batallón Eplicachima. Para esa hora la cola de jóvenes ya era inmensa. Como que ya me desanimaba, pero mi padre estaba junto a mí y no me lo hubiera permitido. Me puse en la fila y enseguida vi que entre tres o cuatro militares venían seleccionando a los jóvenes: "Este sí, este no, este sí, este no…", y los separaban. Entre los elegidos estaba yo. Luego comprendí el porqué de esta selección: buscaban gente serrana, ya que había muchas personas de la Costa.

Nos guiaron al interior del batallón donde, bajo unas carpas blancas, nos esperaban unos doctores para realizarnos todo tipo de exámenes. Se me hacía raro, ya que a algunos grupos les embarcaban en volquetas militares que los llevaban como ganado; luego regresaban y se llevaban a otro grupo. Mientras, nosotros seguíamos en los chequeos médicos y llenando fichas.

Eran las tres de la tarde cuando llegaron tres buses de transportes Orellana. Entonces un militar gritó:

—¡A ver, me atienden! Apunten los que tienen papel y lápiz, para que les entreguen a sus familiares —quienes se encontraban arrimados a las mallas del cerramiento, a la espera de noticias.

—Ustedes se van al "Batallón de Selva número 57 Montecristi Tiputini" —exclamó.

Para ese entonces ya me imaginaba que se nos venía algo diferente a los demás, ya que mientras a otros les llevaban en volquetas, a nosotros nos esperaban tres lujosos buses. Escribí la dirección que nos dieron y corrí hacia la malla, pero entre tanta gente me fue imposible encontrar a mi padre.



Los buses empezaron a hacer sonar sus sonoras bocinas, que más parecían de un tren, y fue así que, a las 16h00, emprendimos un viaje, para mí desconocido, por un estrecho y polvoriento camino. No sé cuántas veces me dormí y desperté debido a la incertidumbre de lo que me esperaba. No sabía adónde me llevaban y el cambio de clima dificultaba mi respiración. Era la primera vez que percibía ese cálido y húmedo ambiente del Oriente ecuatoriano. Empezaba el amanecer del día domingo y, a las 05h30, alguien gritó: "¡Llegamos!".

Cuando descendimos del bus, nos encontrábamos en los patios de la "Brigada de Selva 19 Napo", en el Coca, y empezaron los correteos, ya que nos entregaron unos jarros de metal para que recibiéramos café con un pan.

—¡Tomen rápido, que tenemos que seguir el camino! —gritaba un militar.

—¿Cómo? —dije— ¿todavía no llegamos?...

Mientras tanto, las primeras luces del día empezaban a brillar. Luego nos dimos cuenta de que estábamos a la orilla del río Coca y, al igual que los buses en Quito, nos esperaban tres canoas muy largas. En ese momento empezaron a entregarnos una funda de arroz con huevo y un pan.

—¡No se coman hasta cuando yo les diga! —exclamó un militar, a la vez que nos entregaban chalecos salvavidas y ponchos de agua.

El susto se empezaba a convertir en miedo, porque no tenía ni idea de adónde nos llevaban; todo parecía un sueño, pero no lo era y teníamos que continuar. Nos distribuyeron de a cuarenta por canoa, más cuatro militares, y empezamos otra travesía desconocida, ahora entre agua y selva. En esta ocasión fue imposible dormir debido a la incomodidad y al constante salpique del agua en la cara. No sé cuántos caseríos vi pasar en la orilla

hasta que, de repente, un brusco frenazo nos detuvo en medio del inmenso río. No me explicaba qué pasaba, por qué estábamos en el agua pero inmóviles, hasta que un militar gritó:

—¡Bajen a empujar!

—¡¿Qué?! ¡¿Está loco?! —dije.

Pero el insistía y se enojaba cada vez más:

—¡¿Qué fue?! ¡¿Qué fueee?!

Nos sacamos los ponchos y saltamos del bote con mucho miedo, pero al caer el agua apenas nos llegaba a las rodillas. Era que, por temporadas, la corriente arrastra mucha arena que se concentra en medio del río y forma unas islas. En efecto, tuvimos que empujar la canoa, como se empuja un carro, hasta que pasara el montón de arena, y así continuamos nuestro misterioso viaje. Eran las cinco de la tarde del día domingo cuando divisamos una diminuta bandera ecuatoriana que flameaba a la distancia.

—¿¿¿Sí ven esa bandera??? —exclamó un militar.

—¡¡¡Sí!!! —respondimos.

—Ese va a ser su hogar durante un año.

Poco a poco nos fuimos acercando al muelle, empezamos a desembarcar y un hombre muy grande, de piel morena, que vestía solamente calzoncillo y tenía una culebra a modo de bufanda, nos dio la bienvenida:

—Bienvenidos al infierno verde —dijo, al tiempo que acercaba la cabeza de la serpiente a nuestros rostros.

Ese sería el inicio de la experiencia más grandiosa y emocionante que viví, durante un año, en nuestro fascinante Oriente ecuatoriano.




RAMIRO HERNÁN CHASILUISA
estudia en el Colegio 14 de Octubre.

La vida eterna y el cielo sí existen

Esta historia está basada en hechos de la vida real: fui un joven campesino de bajos recursos económicos que tenía un sueño inalcanzable. Mi nombre es Ramiro, vengo de una familia sencilla, humilde y extremadamente pobre. Mi sueño era ser piloto de aviones de combate de la Fuerza Aérea Ecuatoriana.

Al cumplir dieciocho años de edad decidí ir a cumplir el servicio militar, que en aquel entonces era de carácter obligatorio. Por esta razón abandoné a mis padres y a la comunidad donde nací, La Merced, situada a unos cinco kilómetros de Pujilí. Hice el servicio militar en el Oriente ecuatoriano.

Por desconocimiento, pensé que para alcanzar mi sueño se necesitaba de mucho dinero. Estudié y me preparé rigurosamente y pensé que con solo ir a la conscripción era suficiente para poder ingresar a las filas de la fuerza aérea y lograr mi sueño, sin imaginarme que mi vida estaba a punto de cambiar. Por coincidencia, se desató el conflicto bélico entre Ecuador y Perú. Por eso, a mis compañeros conscriptos y a mi persona nos trasladaron



desde la base aérea de Shell, situada en la ciudad del Puyo, con destino al COE 21, Cóndor en Patuca. Después nos trasladaron hasta un campamento militar llamado Coangos, en plena selva amazónica. En aquel entonces allí existía una bodega subterránea de armamento de uso militar —*bunker* era el término— donde cumplí la función de fusilero abastecedor.

Una vez que terminé con mi período del servicio militar, regresé a casa para reencontrarme con mi familia pero mi vida no era la misma. Tenía un trauma por estar casi un año recibiendo instrucción militar, por el manejo de armas y por los disparos y explosiones. Solo pensaba en la guerra.

Después de meses tomé la decisión de quitarme la vida pero yo quise que mis padres vinieran conmigo. ¡Era una locura! Mis intenciones eran hacer una bomba con dos cilindros de gas. Quería experimentar y poner en práctica lo aprendido en el servicio militar. Al salir de mi casa, con la mente enfocada en ejecutar el plan, ocurrió un accidente de tránsito. A uno doscientos metros de mi vivienda, mientras iba en bicicleta, me estrellé y quedé inconsciente. Esto me dejó en estado de coma, debido al golpe, y el causante del accidente se dio a la fuga.

Entonces, ¡ocurrió algo increíble! Conocí a Dios y la vida eterna.

Mientras llevaban mi cuerpo a una casa de salud mi espíritu viajaba en una sábana completamente blanca, hasta llegar a un espacio inmenso. Era una llanura con muchos habitantes, algo incalculable, todos vestían túnicas de color blanco. Observé un palacio al llegar y ahí me recibió un hombre que se encontraba sentado, tenía el cabello y la barba blancos. Fue el que me dio un grano de maíz para que lo cocinara pero había mucha gente y pensé que aquel grano de maíz no iba alcanzar para tantos. Acudí a un granero que existía en dicho lugar y tomé una mazorca de maíz, la desgrané y procedí a cocinarla sin imaginarme que se iba

a multiplicar. Entonces el mismo hombre que me había recibido me expulsó de dicho lugar por haber desobedecido su orden. Justo en ese momento reaccioné.

Habían pasado casi catorce horas desde el accidente. Me di cuenta de que me encontraba en la cama del hospital de Latacunga. Luego de unos días me trasladaron al Hospital de Especialidades Eugenio Espejo, de la ciudad de Quito, donde tuve las intervenciones quirúrgicas necesarias y ayuda psicológica.

En la actualidad tengo cuarenta y dos años y he tomado una decisión muy importante. Estoy estudiando y lo estoy haciendo en la Unidad Educativa PCEI 14 de Octubre. Me siento agradecido por esta nueva oportunidad de vida.




MARCIA QUINCHIGUANGO nació en Cuellaje, Imbabura, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cuellaje. Su actividad favorita es caminar por el campo.

Un combatiente

Casi una hora toma caminar del pueblo hasta la casa de José Rafael Garzón Guandinango. Un hombre de sonrisa fácil que recuerda con nostalgia los duros momentos que tuvo que vivir en su juventud defendiendo a la patria.

Era 1940, estaba a punto de terminar la conscripción en el Batallón Tungurahua, de Ibarra, cuando se dio la alarma. Había empezado la guerra en la que se dijera que "treinta ecuatorianos sostenían a setenta peruanos en Macará".



Fue trasladado a la provincia de El Oro. Más de dos meses estuvo en la selva fronteriza con el Perú. Prácticamente sin municiones, porque el gobierno de Arroyo del Río solo mandaba fósforos, jabones y tabacos, y casi sin comida permaneció en la línea de combate donde rondaba la muerte.

Recuerda uno de esos días: "Serían las ocho de la mañana, íbamos patrullando y el soldado Perejil iba arriando una mula con pertrechos. Al virar en una curva empezaron a ametrallarle desde una flota de cinco aviones del reconocimiento enemigo. Nosotros nos metimos a la montaña por chaquiñanes. Dijimos 'juera hora' si el compañero se acabó ahí ametrallado. Cuando ya pasaron los aviones, salimos y corrimos. Cuando fuimos a dar adentro, apareció arriando a la mula, las balas habían sido disparadas en otra dirección".

Siguió diciendo: "Cuando cruzábamos por una trocha, ahí se echaban ya sin pereza los enemigos. Ahí tuve dos escapes buenos, andaba con el fusil en una mano y la caja de abastecimientos en la otra. Estaba en cuclillas bajo un árbol, cuando patentico le vi que tranquilo iba a una mata de ayahuache, y me pasó rozando la pierna. Despuesito otra bala —*shiuff*— pasó entre el hombro y la oreja. Me dejó sordo".

Estuvo dos meses en la montaña. Terminada la guerra salió a Loja. "Mi mamacita —dijo— como dizque andaba lloraaaando por yo. Yo mandaba las cartas diciendo que estaba bien".

Tres semanas más tarde pudo por fin regresar a casa. Le recibieron contentos, con lágrimas y abrazos. Salió con el rango de soldado de línea. Y desde entonces hasta ahora, nada recibió del Estado. Alguna vez intentó reclamar algo pero la burocracia le desanimó. Igual suerte tuvieron sus paisanos que también estuvieron en combate: Eusebio Murillo, Ángel María Pavón y Alonso Dávila, todos ya fallecidos.

Fotos, cartas y otras prendas se le perdieron cuando algún desalmado prendió fuego a su casita de paja, pero esos recuerdos los tiene bien guardados en el corazón.

Fue uno de los fundadores de la banda de música de Cuellaje. Ahora toca el bombo en la Iglesia cristiana a la que pertenece desde hace veinte años. Tenía ochenta y cuatro años a la fecha de esta entrevista, 3 de mayo de 2002.




ABIGAIL JAMILETH GUTIÉRREZ
estudia en la Unidad Educativa Baeza.

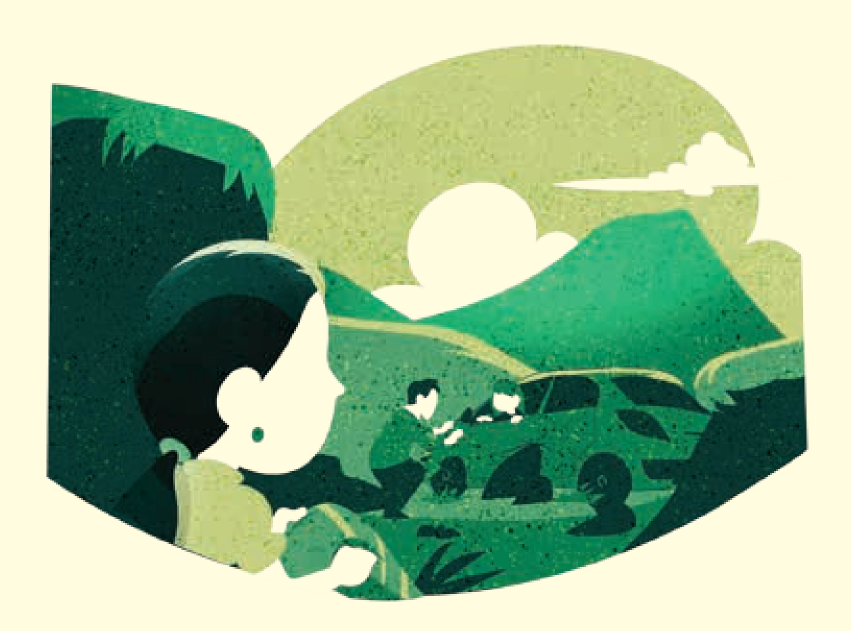
Parte de mi vida

Mi vida está llena de muchas cosas por contar. Empezaré por decir que formo parte de una familia de cuatro: mi papá, mi mamá, mi hermano y yo. Les voy a relatar una parte esencial de mi vida que me ayudó a ser mejor persona, a conocer a los demás y a valorar lo que tengo dentro de casa. Como podrán imaginarse la vida de una niña es muy interesante; de cierta forma tenemos privilegios y uno de ellos es tener a mis padres junto a mí, por lo que doy gracias a Dios, por la dicha de permitirme tenerlos y haber aprendido a valorarlos.

Esta anécdota la viví de chica con mi padre, que es bombero de profesión, lo que al inicio no entendía pues simplemente veía que cada mañana se despedía de mí con un beso y simplemente se marchaba con su uniforme, que a veces era colorido y llamaba la atención. Nunca puse atención en ver qué hacía realmente, los años pasaron y mi rutina siempre fue la misma. Empecé a ser una niña curiosa y quise averiguar lo que hacía un bombero para tratar de entender la profesión de mi papá, porque él salía corriendo cuando le llamaban por radio la que, por cierto, siempre llevaba en la cintura. Luego se escuchaba el sonido de las sirenas de un vehículo y yo simplemente esperaba que él regresara. Se le notaba el cansancio y a veces reflejaba tristeza, dolor y mi madre salía a recibirlo. Se sentaban a conversar sobre lo sucedido y yo seguía sin entender lo que pasaba, ni el porqué de su actitud diferente cada vez que salía y regresaba luego de acudir a una emergencia.

Un día, al fin, pude entenderlo. Recuerdo que nos levantamos todos un sábado por la mañana y salimos de viaje hacia la ciudad de Quito en nuestro vehículo. Durante el trayecto, llegando al páramo de Papallacta, mi padre se detuvo y se bajó muy apresurado. Yo no sabía qué pasaba ni por qué había salido tan rápido y decidí bajar del auto a pesar de que mi madre, que estaba junto a él, me pidió que no lo hiciera. Bajé del auto y vi que un vehículo se había accidentado y había mucha gente gritando, pidiendo que les ayudaran. Había personas adultas, niños y mucha gente que se había detenido al igual que mi padre. Las personas heridas lloraban, estaban llenas de sangre, era un momento de desesperación que presentaba la escena y yo simplemente me quedé estática, confundida e impactada sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Nunca había presenciado un accidente de ese tipo.

Inmediatamente mi madre me tomó del brazo y me dijo con voz fuerte: “¡Te dije que no te bajaras!”. Mi madre también estaba consternada, al igual que yo, y no sabía qué hacer ni cómo ayudar. Yo buscaba a mi padre entre la multitud. Al fin lo pude ver. Estaba dentro del vehículo ayudando a un señor que estaba atrapado entre los fierros del vehículo y por primera vez en mi vida supe lo que mi padre hacía. Al verlo me llené de emoción y de orgullo. Sin interés alguno ayudó a cada uno y a otros viajeros. El ambiente era difícil, hacía mucho frío, mi madre me cobijó y me dijo: “Sube al auto, ya no veas esto”. En ese momento mi padre me llamó y me dijo: “Mi amor tráeme la cobija que estás puesta”. Yo me pregunté por qué quería mi cobija si yo me estaba cubriendo con ella, pero sin renegar me dirigí hacia él y pude observar más de cerca cuál era la realidad de esas personas.



Había mucha sangre y se quejaban del frío. Mi padre cogió la cobija y los cubrió con ella lo más que pudo mientras esperaba la llegada oportuna de las ambulancias que debían venir de Quito. Al fin llegaron y de uno a uno los subieron a las ambulancias antes de cerrar las puertas. Con voz suave y tranquila le decían a mi padre: "Gracias por habernos ayudado". Pude ver en su rostro la labor que realizaba, la satisfacción que él sentía al haber podido ayudarlos era algo inexplicable.

Mi padre me tomó en brazos y yo le dije: "¡Papi!, ¿adónde les llevan y por qué no les pediste la cobija? Se la llevaron". Él respondió que los llevaban a un hospital donde les ayudarían a estar mucho mejor y curar sus heridas. "La cobija no importa, hija mía, con ella se abrigan y se sienten mejor. Lo material va y viene pero la vida hay que valorarla y cuidarla. Eso realmente es lo que importa".

Luego de haberme dicho esas palabras, regresamos al auto donde nos esperaba mi madre y continuamos el viaje comentando sobre lo que había sucedido, y sobre lo importante que es darnos un poco de tiempo para ayudar a una persona que nos necesita, sin interés por recibir recompensa, solo las gracias sinceras. Estas gracias lo valen todo. Esta es la satisfacción que siente el ser humano cuando ha salvado la vida de un semejante.

KAREN ALEJANDRA PILAMUNGA
nació en Riobamba, Chimborazo, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Santa Mariana de Jesús. Sus actividades favoritas son escuchar música y leer.

Mi chulla estrella

Si había algo que mi ñaño amaba tanto como a su familia, eran las estrellas. Recuerdo que hace pocos años un montón de deudas cayeron sobre mis padres. Mi ñaño, deseando ayudar, planificó un improvisado servicio de guardería. Recorrió todo nuestro barrio promocionando su nuevo camello. Como era bastante conocido por esos lares, consiguió fácilmente que algunos guambras quedaran a su cuidado.

Cuando llegó el fin de semana, y con él los niños a los que tenía que cuidar, mi ñaño intentó afanosamente cumplir con su

trabajo, tratando de calmarlos, pero eran solo guaguas así que no le hicieron mucho caso. Frustrado, intentó una y mil formas de controlar a los mocosos, pero falló miserablemente en cada una de ellas. Mi madre, nuestra salvadora en incontables ocasiones, le sonrió pacientemente mientras le sugirió que contara un cuento.

Él, con los ojos brillantes de emoción, juntó apresuradamente a todos los niños en la sala y se colocó al lado de la ventana abierta por donde aparecían los últimos rayos de sol que apenas daban luz a la habitación. Debido al viento, su cabello negro revoloteó como un potro salvaje recorriendo las faldas del taita Cotopaxi, pero a él no le molestó.



Con mucho ñeque empezó a contar cualquier cantidad de historias sobre las brillantes acompañantes de la quilla. Las explicó con tantos detalles que incluso parecía como si él mismo las hubiese vivido. Los guaguas le escucharon entusiasmados, olvidándose de sus juegos e interrumpiendo las historias de vez en cuando con preguntas. Él las respondió sin perder su paciente mirada café e intentando saciar su inocente curiosidad.

Cuando los padres llegaron a recoger a sus hijos, los pequeños hicieron berrinche porque no querían irse. Los padres, sorprendidos, les prometieron que vendrían una vez por semana para que pararan de llorar.

Así que sus visitas terminaron convirtiéndose en una peculiar costumbre, pero la feliz tradición no duró mucho. Luego de un tiempo detectaron que mi hermano sufría de cáncer en etapa terminal. Se había desmayado en la universidad a la que asistía y los exámenes que le realizaron revelaron la enfermedad, y el futuro no era nada alentador. El cáncer fue tan silencioso durante tanto tiempo que él no sufrió de ningún síntoma hasta que fue demasiado tarde.

Los doctores fueron sinceros y nos dijeron que a mi hermano solo le quedaban unos dos meses de vida. Fue la época más complicada para mi familia. Irónicamente, el más tranquilo era mi hermano. Él solo intentaba disfrutar del tiempo que le quedaba al lado de los que amaba.

Demacrado, y demasiado cansado para seguir luchando, nos imploró que lo dejáramos salir al balcón a ver las estrellas. Sin saber que ese sería su último deseo, accedimos, pero la desgracia fue tan rápida que dio su último aliento en los brazos de mi padre. Aquel fatídico día los guambras y todas las personas del barrio nos acompañaron en el dolor. Desde ese día las cosas no volvieron a ser iguales. Los niños lo extrañaban demasiado, deseaban

tenerlo, abrazarlo, pero más que nada deseaban que entrase por esa pequeña puerta de madera y que con su enorme y hermosa sonrisa que siempre lo caracterizó dijese su típica frase: “Mis guaguas, prepárense para una nueva aventura”.

Mi hermano rio, amó y luchó. Vivió con una sonrisa en la cara y murió mirando lo que siempre amó: a su familia y al cielo nocturno lleno de las estrellas que siempre admiró.



JUAN BENIGNO MONCAYO
nació en Riobamba, Chimborazo, en 1989. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Ing. Hermel Tayupanda. Sus actividades favoritas son leer, estudiar y practicar fútbol.

Mi historia en La Fornace

Las personas que cambian tu vida son de todo tipo. Unos imparten sus conocimientos. Otros juegan en las grandes ligas. Algunos llevan traje y corbata. Pero en mi caso, esa persona llevaba un mandil con el logotipo de un restaurante.

Comencé a trabajar en La Fornace, una heladería muy concurrida de la ciudad de Riobamba en julio de 2008, cuando

cursaba mi primer año de universidad en el norte de la ciudad. Mis padres me animaban a trabajar en cualquier ámbito para aprender de la vida. En mi caso, aquel trabajo me alejaba de los problemas pero también me distanciaba de casa. Me crió mi madre al separarse de mi padre, por lo que mis relaciones familiares solían ser tensas y yo siempre buscaba razones para estar lejos.

El restaurante era moderno y acogedor, y en la cocina tenía, en vez de lavavajillas, tres piletas enormes. Una era para agua jabonosa, otra para enjuagar y la otra para desinfectar. Los empleados nuevos comenzaban fregando platos y limpiando mesas. Si lo hacían bien, aprendían y se los ascendía de puesto. Luego se podía ir a la caja registradora y tomar los pedidos de los clientes, y a su vez repartir las órdenes.

En mi primera noche, los platos se acumularon después de la cena: platos, cubiertos, tazas negras y grasientas, sartenes que solo quedaban limpios si se los fregaba con mucho jabón y agua ardiendo. No podía mantener el ritmo y las pilas de platos crecían a mi alrededor. Cada vez que avanzaba un poco, me llamaban de nuevo para ayudar a limpiar mesas, y volvía con cubos llenos de más platos sucios. En casa, la tarea que más odiaba era lavar los platos. Unos años antes, al encomendar tareas a cada miembro del hogar, siempre me tocaba esa, por lo cual en mi mente imaginaba que era una maldición.

Se suponía que mi turno terminaba a las diez de la noche pero cuando pedí salir, la gerente se negó con la cabeza. “No, hasta que termines el trabajo”, dijo. “Deja limpio tu puesto”, concluyó. Estaba enojado y pensé en renunciar pero lavé, enjuagué y desinfecté hasta pasadas las once de la noche.

Fui lavaplatos varias semanas. Se me caía el alma cada vez que llegaba al trabajo y venían las interminables filas de platos. Pasaba mis turnos detrás de las piletas, salpicado con agua grasienta.

Después del trabajo, mi camisa y mis pantalones olían a cebolla, salsas y aceite. Odiaba cada instante que me hallaba en ese lugar y no me importaba que todos se enteraran.

Una tranquila noche, cuando había logrado ponerme al día con los platos y limpiar las mesas temprano, le pregunté a la dueña cuándo podría hacer algo distinto. "¿Sabes por qué sigues lavando platos?", preguntó. Inmediatamente se respondió a sí misma: "Porque sigues quejándote y no cambias tu forma de mostrarte. A nadie le gusta trabajar con un quejoso", dijo. Pero me prometió que, si seguía dejando limpio mi puesto y no me quejaba, la semana siguiente me pondría en la caja registradora a prueba.

Pocos días después, cuando llegué a mi turno, vi mi nombre escrito no para lavar los platos, sino para la caja registradora. Estaba eufórico, lleno de algarabía y felicidad. La gerente tenía una manera especial de dirigir su restaurante. De un montón de adolescentes, había reclutado un equipo de empleados que se preocupaban por su trabajo, y unos por otros. La mayoría de mis amigos de la secundaria también trabajaba en aquel lugar, y algunos de mis mejores recuerdos son bajo ese techo.

La Fornace se convirtió no solo en mi escape de casa, sino también, de muchas maneras, en otro hogar. En mi casa real me sentía inestable y fuera de control. En el trabajo, el camino parecía claro: trabaja duro, haz las cosas bien y tendrás éxito. Antes, ese modelo no me había parecido posible. Por primera vez en mi vida, me sentía reconocido. Cuando empecé el segundo semestre, la gerente me ascendió a jefe de turno. En aquel año ya era coordinador, responsable de gran parte de la contabilidad, del inventario y de los horarios. Cuando la gerente salía, yo me quedaba a cargo.

El personal era como mi segunda familia. Hacíamos de todo, las reuniones comenzaban practicando fútbol, que era mi deporte

favorito y terminaban con cena y películas. Casi todos jugábamos en el mismo equipo. Íbamos de campamento y poníamos música a todo volumen.

Magdalena (la gerente) era la líder de esta insólita familia. Tenía unos quince años más que yo y acababa de divorciarse. Nunca lo pensé en ese momento porque parecía divertirse tanto como todos los demás, pero si yo usaba mi trabajo para crear la familia que me habría gustado tener, tal vez ella también.

Llegaron momentos difíciles en mis estudios por lo que tuve que retirarme de la universidad y, aunque me encantaba el trabajo, sabía que iría al ISPED (Instituto Superior Pedagógico) el



año siguiente. Aunque era un estudiante dedicado, era bastante malo para enfocar mi mente en el estudio sin desviarme del camino. Mi madre no había ido a la universidad y yo tenía poco apoyo logístico y financiero en casa. Tenía una pila de textos de estudio pero no sabía por dónde empezar.

Mi madre en casa me ordenó que dejara de trabajar y fuera a enviar la solicitud de inmediato. Para estudiar mi carrera docente conversé con Magdalena, quien con una sonrisa me dijo: "Supérate a ti mismo y forma juventudes valiosas, esmérate y alcanza tus objetivos".

Finalmente, entré en el Instituto y aunque mi madre trabajaba mucho para mantener la casa, observaba que necesitaba ayuda. Magdalena me sorprendió con un regalo al momento de salir de su restaurante: una fiesta de despedida en la que pasamos genial con toda mi familia del trabajo. Antes de irme al Instituto, le dije a Magdalena que volvería a trabajar durante las vacaciones.

Mientras estaba preparándome, Magdalena había vendido su restaurante y pusieron a otro a cargo de nuestro restaurante. Aun así volví pero la magia se había ido. La familia se había dispersado y me sentí libre de concentrarme en mis estudios y en el futuro. Nunca más he tenido contacto con Magdalena pero me dejó una valiosa lección que siempre aplico a diario, y quizá sea la más grande: cualquier trabajo puede ser el mejor si tienes el jefe correcto que te dé verdaderas enseñanzas.

DOROTEO CHAGÑAY
nació en San Juan, Chimborazo, en 1963. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Jaime Roldós Aguilera. Sus actividades favoritas son la lectura y la escritura literaria.

Juanito el alquimista

Un día de verano, cuando el sol se ocultaba por el horizonte de la pradera, "Juanito el alquimista", un niño hiperactivo que disfrutaba de las vacaciones de la escuela, jugaba con sus amigos en una llanura esparcida de verano. A lo lejos divisaron, de pronto, los destellos de un cuerpo humano cubierto con una túnica blanca que se acercaba lentamente. Ellos, con mucha

pavura y asombro, mirándose los semblantes pálidos, fríos y muy atemorizados por el fantasma, sin poder hablar, moverse ni caminar, se quedaron aturdidos y estupefactos.

Juanito, muy aterrorizado, se desplomó a tierra, sus amigos muy angustiados por lo sucedido, con lágrimas en fulminante carrera, se quedaron turulatos. Regresaron a casa de Juanito para comunicar lo que les había sucedido. Sus padres, muy atónitos, les preguntaron a los niños: "¿Qué le pasó a Juanito?" Ellos en coro respondieron: "Un fantasma, un fantasma señor, cubierto su rostro con un manto blanco, apareció de pronto, Juanito del asombro



se cayó al suelo y no pudo levantarse más, y no reaccionaba". Sus padres, despavoridos, salieron de prisa al lugar de los hechos para constatar lo manifestado por los niños, con cuidado y gran temor, se aproximaron a Juanito, le llamaron por su nombre: "Juanito, Juanito, mi hijo amado, ¿qué te pasó? Responde, ¡responde!", le preguntaron pero Juanito no daba señales de vida. Con mucho desasosiego, lo tomaron en brazos: "¿Qué te pasó, hijo mío?", peguntó su madre, pero no respondió nada.

Entonces, envuelto en una sábana llevaron a casa su moribundo cuerpo. Juanito se negaba a responder, con angustia le ofrecieron un néctar, agüita cristalina, remedio casero que aviva el alma maternal, y luego de un rato, Juanito, movió los ojos. Sus padres, amigos y vecinos se alegraron por esta respuesta inesperada, pero su cuerpo continuaba entumecido luego de tanto tiempo. Poco a poco empezó a abrir los ojos, dando signos de vida, y todos alegres, esperaron su reacción. Al poco rato, se despertó del ultramundo y sus padres preguntaron: "¿Qué es lo que te pasó mi adorado primogénito?", y el niño respondió: "¿Adónde me llevaron?, ¿qué hice?".

Inmediatamente, el niño hizo una retrospección de su recorrido en el ultramundo, y dijo: " ¡Ah, ah!, ya sé adónde me llevaron, a un lugar donde hacen cosas hermosas, cosas desconocidas, donde pasan muchas vicisitudes y aventuras". Continuó: "¡Yo quiero hacer esas cosas mágicas!". Entonces, a partir de ese momento, "Juanito el alquimista", en su aposento, en el templo del saber y en los lugares donde él se encontraba, destruía radios, celulares, televisores, relojes, calculadoras y otros aparatos. Con suspicacia observaba y analizaba sus componentes y estructura, al instante intentaba arreglar, algunos momentos lograba reparar los aparatos y otros se sentía derrotado. Insistía en sus travesuras,

y su actitud perseverante, frente a sus intentos frustrados, se sentía regocijada y confortada.

A los doce años de edad, pasó a un centro de estudio secundario para seguir una carrera técnica. El adolescente era muy apasionado en sus travesuras, y se esmeraba por cumplir con todas las tareas escolares llegando a graduarse con los mejores galardones. Recibió la condecoración del mejor estudiante. Luego realizó sus estudios en una universidad particular, pero sus recursos económicos eran limitados aunque sus dotes estaban a la vista. Al ver un porvenir alentador para el joven futurista, el rector de la unidad de estudio superior le concedió una beca. “Juanito el alquimista”, en sus prácticas universitarias cotidianas, recibió muchos galardones por los resultados en sus ensayos e invenciones. Además, los estímulos le motivaron a seguir estudiando, en la teoría y en la práctica, para soñar y conquistar el mundo de la sabiduría, ciencia ficción y tecnología moderna.

Las autoridades, al discernir las aptitudes talentosas de un ser humano extraordinario, como parte final de su carrera, le pidieron ingeniar un robot tutor para los no videntes. Con mesura y prontitud logró construir el mecanismo apropiado para dicho fin. La noticia no se hizo esperar y llegó a todo el mundo. Entonces, científicos europeos le pidieron que visitara sus países para que pudiera dar una conferencia magistral sobre el robot, el que era guiado por sensores nunca vistos en el cosmos.




JENNIFER VALERIA QUEZADA
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Honduras.

Un cambio de felicidad

Esta historia empieza a los siete años, cuando entré a un programa sobre comunicación donde enseñaban a expresarse delante del público y a cómo hacer *spots*, programas de televisión, radio y entrevistas. El programa era muy entretenido, me gustaba mucho. Asistíamos todas las tardes, de lunes a viernes de 2:30 a 4:00 de la tarde y los sábados de 8:00 a 12:00.

Los sábados realizábamos talleres de manualidades. En este programa ganamos muchos reconocimientos, por ejemplo, a la mejor entrevista o a la mejor película sobre los derechos de niños, niñas y adolescentes. Después de un tiempo, junto a mis compañeros, realizamos un cortometraje sobre el acoso, *bullying*, por el cual ganamos al competir con otras instituciones.

Salimos a varias comunidades a exponer sobre temas importantes y de actualidad como el embarazo en adolescentes, las drogas y cómo cuidar el medio ambiente. Teníamos mucha acogida, sin mencionar que nos divertíamos mucho porque a cualquier lugar que decidíamos ir nos encontrábamos con personas de corazón hermoso, dispuestas a trabajar con nosotros.



Tiempo después empezamos nuestro programa de radio llamado "Mi voz también cuenta", donde todos los días poníamos reflexiones de todo tipo. También teníamos autoridades invitadas para hablar sobre obras que realizaban en nuestra ciudad, e invitábamos también a directivos de los barrios.

¡Nuestro éxito fue enorme! Siempre que había alguna programación, nos invitaban para presenciar las festividades. Un día, nos reunimos todos los que conformábamos el grupo y decidimos que como teníamos varias personas que nos apoyaban, ¿por qué no hacer nuestro propio programa de televisión? En él mostraríamos a todo el público todo lo que pasa en nuestra ciudad, desde noticias y reflexiones hasta una parte musical. Fue así que tuvimos el programa unos meses hasta que entramos al colegio y ahí las cosas se hicieron difíciles. Teníamos tareas, trabajos en grupo en los que teníamos que reunirnos por las tardes y eso nos impedía asistir por la tarde. Por esto todo cambió hasta el punto de perder el programa de televisión y radio.

Al final, solo íbamos los sábados y solo realizábamos cuñas para otros programas de radio. También propagandas para promocionar productos o fiestas de nuestra ciudad. Después de unos meses mi familia y yo tuvimos que mudarnos a otra ciudad por lo que definitivamente salí de ahí, pero agradezco mucho todos los momentos que viví en ese lugar y todo lo que me enseñaron. Aprendí a no tener temor de hablar frente a muchas personas y hoy en día lo hago sin ninguna timidez. Espero que algún día pueda regresar y retomar los proyectos pendientes porque fueron muchos y muy importantes.




MIGUEL ALEXANDER TAPIA
nació en Pasaje, El Oro, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato del Colegio Ing. José Corsino Cárdenas. Su actividad favorita es presentar y reproducir música para un público determinado.

El joven DJ

La mayoría de sábados iba con mi papá a trabajar en los contratos de DJ. Apenas tenía doce años y ya salía con él por las noches, pero como era un niño todavía no resistía hasta el final y siempre me quedaba dormido en una silla. Como mi papá era bueno para tomar, a veces se pasaba de la hora del contrato y yo le hacía relajo, a veces me ponía a llorar o sino hacía pendejadas para que ya regresáramos a casa.

Un 11 de mayo de 2012 fui a la Loma de Franco de DJ y me embriagué de alcohol hasta no poder pararme. Bueno, me paraba

pero con dificultad. Esa fue la primera vez que estuve ebrio, apenas tenía doce añitos y ya sabía lo que era estar ebrio.

Así pasaban los días, le estaba cogiendo la práctica a eso del DJ y poco a poco me iba perfeccionando más. Después de un tiempo me decían "El psicólogo de las mezclas". Ese nombre me lo puso aquel animador de Los Naranjos debido a que de vez en cuando le aconsejaba la música para que la mezcla le saliera estupenda. Por eso me dieron ese nombre.

Después de un tiempo otro animador en El Progreso me llamó "El loco de las mezclas". Me gustaba hacer locuras con el *mixer* que mi papá tenía y por eso me bautizó así. Pero ese contrato fue el peor de mi vida. Hubo relajo y mi papá salió afectado. De ahí nos fuimos a un *baby shower* para el que nos habían contratado. Era matiné y *baby shower* a la vez. Salí besado por una señora que estaba tomada, fue algo asqueroso debido a que yo era un niño inocente. En aquella matiné recuerdo que me saqué un regalo: eran unas herramientas de juguete, y me llamaron "Arroz con huevo".

Poco a poco me fui adaptando a lo que es ser DJ y cada vez trataba de esforzarme más para dejar satisfecho al cliente.

Con el pasar del tiempo hubo una estupenda guerra de DJ, donde teníamos que demostrar lo que sabíamos y de qué estábamos hechos. Fueron muchos los invitados pero solo habría un ganador. Había diferentes adversarios pero nadie logró ganar a este fiel servidor, que era el único que mezclaba y que siempre estaba en eventos especiales, a pesar de que ya había otro DJ; era un loco y siempre trataba de buscar trabajo. Pero no alarguemos más la historia y volvamos a la guerra de DJ.

En la guerra quedamos cuatro finalistas: DJ Eduardo, DJ Gabriel, DJ X y "El loco de las mezclas". Hubo un mano a mano

con DJ Gabriel, que pasó a la final, pero “El loco de las mezclas” le ganó por puntos. Al colega le tocó perder y ya no fue culpa. Di mi mejor esfuerzo y gané, así que era el nuevo DJ del Colegio Técnico Pasaje. Creo que me adelanté en mi historia, pero la memoria es frágil y cuando uno sufre de alzheimer ya no es culpa.

Por haber ganado aquella guerra fui el nuevo DJ y me contrataron para estar en “La lira de oro”, un programa de música instrumental y un concurso de declamación a nivel cantonal. Con el pasar de los días, semanas, horas, minutos y segundos, mi papá me inscribió en un curso de DJ y animadores del cual era dueño un gran amigo mío llamado René Arias Encalada. Él y su sobrino nos enseñaron lo poco que ellos sabían.

Nunca falta un presumido y ese era Luis Ángel Cárdenas, un panita que supuestamente se las sabía todas. Era el más creído dizque porque sabía más, pero un día le hice frente y le dije: “Vamos una guerra de DJs entre los dos”. Aceptó de una y salió pisoteado. Yo hice unos *scratch* propios, cosa que él no pudo hacer.

Con el tiempo salían contratos hasta decir basta, hasta que de repente salieron los parlantes amplificados y poco a poco se fueron agotando las salidas los fines de semana. Pasó un largo, largo tiempo y por fin me volvió a salir un contrato, gracias a un panita llamado DJ Eduardo. Fui a mezclar, la pasé bien, el público quedó satisfecho y con el pasar de los días ya estaba en eso del DJ otra vez. Salía otra vez normalmente y concursaba en guerras, de las cuales gané tres de cinco: una a nivel cantonal, otra colegial y otra provincial.

Recuerdo que por haber perdido la segunda guerra de DJ provincial caí en una fuerte depresión y estuve a punto de suicidarme. Fue algo tonto y lo entiendo pero cuando tú vas con tu mente dispuesta a ganar y sales perdiendo, te enojas y eres capaz de hacer muchas cosas. Y así fue cómo me tomé como sesenta y cinco

pastillas, cosa que fui a parar al hospital. Supuestamente tenía un problema de apendicitis, algo así creo que era, y me operaron del apéndice. Pero nunca fue así, me tuvieron una semana internado a punta de agua y colada. Ya me moría pero como buen luchador seguía. Me dieron de alta y me habían avisado para un contrato, era matiné, trabajo fácil, así que acepté, a pesar de que el médico me había mandado reposo.

Ese día me fui desobedeciendo a mis padres y me fui a mezclar. Recuerdo que ese día casi muero, ya que mientras mezclaba me mareaba, pero aun así yo seguía. Por algo era "El loco de las mezclas". Llegó un colega DJ y me dijo:

—¿Qué te pasa? —yo le conté todo y respondió—: Tranquilo, yo mezclo.



Llegó la hora del bufet y estaban dando arroz con pollo, típico en toda matiné. Terminamos y nos fuimos a comer porque teníamos hambre. Fuimos al chifa y nos echamos un chaulafán, y el colega DJ me viene a decir que cuál es mi último deseo, ya que ya me moría, y como si nada, comiendo chaulafán. Y así fui al siguiente día otra vez a parar al hospital. Ahí sí aprendí la lección y poco a poco me fui recuperando. Ya recuperado empecé a trabajar con el Payasito Trapitos Show, un excelente payaso. Gracias a él he salido a trabajar semanalmente, gracias a él he tenido la oportunidad de trabajar en Portovelo, Machala, Santa Rosa, Santo Domingo y Azogues.

Ahora mi nombre artístico es DJ Baldor. Se preguntarán por qué lo de Baldor, de dónde vino… Simple: estaba haciendo deberes de Matemáticas con DJ Fernando y Trapitos Show y de repente Fernando no podía hacer algo, le ayudé y él me bautizó así. Luego yo lo completé diciendo: "Calculando el poder de las mezclas, ¿no que no?".

DJ Baldor sale a todos lados, sea a la *party*, a las discos, a las matinés, a los bautizos, etc. Esto de ser DJ me ha servido demasiado, ya que he aprendido a desenvolverme con las personas. Sé cómo tratar a la gente, me ha ayudado para salir adelante y me ha enseñado que a pesar de estar metido en un mundo de alcohol, de drogas y de muchas más cosas, si uno quiere se involucra y si uno no quiere pues dice que no.




ELIÁN FERNANDO ANDINO
nació en San Gabriel, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Mario Oña Perdomo. Sus actividades favoritas son escribir y entonar canciones.

Una nota en la melodía de mi vida

¿Quién no recuerda con cariño su infancia? Era una época donde dábamos nuestros primeros pasos en este vasto mundo, donde la vida nos recibía con una sonrisa cada día, donde no teníamos más obligación que hacer pocas tareas para luego salir a divertirnos, donde nuestra única preocupación era el no saber qué juguete escoger, y donde la cura para cualquier pena era un abrazo y

un beso de mamá. Una época maravillosa donde la inocencia, la curiosidad y la imaginación eran las palabras que más nos definían.

Me recuerdo a mí mismo como un niño demasiado callado pero a la vez extrovertido, pues nunca me gustó hablar mucho con la gente a pesar de que siempre fui alguien que llamó mucho la atención. Pasaba y ya se me acercaban los niños y querían conversar conmigo, e incluso ser mis amigos. Este hecho hizo que dejara de lado mi personalidad introvertida y empezara a abrirme más con la gente. A pesar de ello, no podía decir todo lo que sentía ni lo que pensaba. Me daba miedo lo que la gente pensara de mí, ni siquiera a mis padres pude contarles todo lo que tenía guardado, y es algo con lo que tuve que cargar por mucho tiempo.

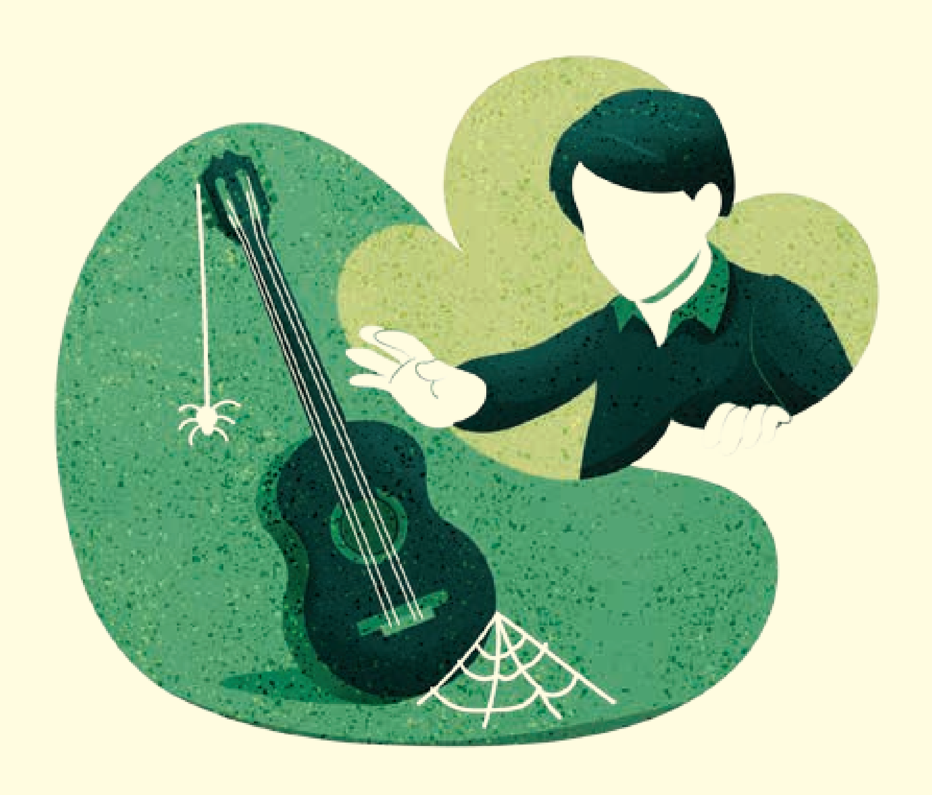
Fue en esa misma época, tendría yo seis o siete años, cuando me regalaron mi primera guitarra.

La ilusión de mi madre era grande, pues viniendo de una familia de músicos estaba esperanzada en que yo tuviera dotes musicales para que cuando fuera grande pudiera tocar canciones junto a mi abuelito. Él también estaba ilusionado de que yo aprendiera a tocar guitarra, ya que también le emocionaba mucho la idea de algún día poder compartir escenario con su querido nieto. Fue así cómo aprendí mis primeros acordes, mi abuelito era mi maestro y le impresionaba la rapidez con la que aprendía. Sin embargo, en esos tiempos, a mí no me gustaba porque me dolían mucho las manos, y, en general, no me atraía tocar la guitarra. Dejé pasar un tiempo para luego dejarla por completo, explicándoles a ellos que no me gustaba y aunque se desilusionaron lo pudieron aceptar.

Pasó mucho tiempo, cada vez empolvándose más la guitarra, sola y olvidada, llegando a ser un simple adorno de mi cuarto, un pedazo de madera que ocupaba espacio y nada más. Llegué a una nueva etapa de mi vida, que fue la adolescencia. La transición de

niño a adolescente fue muy dura para mí porque hasta los trece años aún iba a comprar juguetes. No pude superar ser niño. Sin embargo, con el pasar del tiempo pude comprender y aceptar lo que estaba pasando hasta llegar a madurar.

Algo que recuerdo mucho de esos días era que las canciones que escuchaba empezaba a sentirlas, y a identificarme cada vez más con ellas, como que hubieran sido escritas para describir cada estado de ánimo en el que me encontraba. Empecé a expandirme, a buscar más música y a escuchar cientos de canciones hasta que me di cuenta de que me había convertido en un melómano.



No podía ir a un lugar sin audífonos, siempre tenía que estar escuchando algo y parecía un gran problema ir a un lugar donde no hubiera música.

Entonces llegó el día en el que quise dar un paso más allá. Ya no me satisfacía solo escuchar música, quería yo mismo hacer mis propias canciones. Creo que me he caracterizado por ser creativo, por ejemplo no me gustaba mucho leer poemas pero sí escribirlos, y lo mismo pasó con la música. Desempolvé la vieja guitarra y con una maraña de ilusiones me dispuse a aprender a interpretar este bello instrumento. Pasaron horas, días y meses, y lo que parecía una costumbre se volvió una afición. Mis primeras canciones empezaron a sonar desafinadas pero yo era muy feliz. Llegó a pasar el medio año y fue cuando le conté a mi abuelito lo que había sucedido. Él se alegró muchísimo y empezamos a tocar y con el tiempo me di cuenta de que me entendía musicalmente con él. Repasamos algunas canciones hasta que llegó el día tan esperado en el que interpretamos tres canciones en un evento. Aunque estaba muy nervioso, ver la sonrisa de mi abuelito era algo único e incomparable.

Desde entonces no he dejado de tocar la guitarra. Me di cuenta de que las cosas que no puedo expresar mediante palabras puedo expresar con la música. No sé cómo pero con la guitarra puedo desahogar todas mis penas, cantar mis alegrías y desfogar mi ira. Para mí la música es el lenguaje de los sentimientos más profundos, la expresión de la belleza de este mundo y el color de esta realidad opaca. Es lo que le da el valor agregado al hecho de estar vivos, porque sin ella todo sería monótono y aburrido. Es, simplemente, medicina para el alma. No solo la guitarra, sino la música en general, me recordarán a mi abuelito, quien nunca morirá porque estará en cada acorde, en cada nota que yo entone con la guitarra de mi alma.




EDELYN IVETTE FRUTO
nació en Simón Bolívar, Guayas, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Santo Domingo. Su actividad favorita es leer.

Historia de mi abuelo, el bohemio soñador

Había una vez en un pequeño pueblo llamado Santo Domingo un señor llamado Santos Vera Ruiz. Él fue mi abuelo, era un soñador que siempre pensó en tener una guitarra hecha con sus propias manos. Un día encontró un tablón de pino negro

y comenzó su trabajo de armar pieza por pieza hasta que logró hacer su guitarra.

Pero a él lo que más le había despertado la idea de ser un buen guitarrista era que en ese entonces el pequeño pueblo era visitado por grandes elencos de buenos cantantes y guitarristas. El gran locutor Carlos Armando Romero Rodas los invitaba a dar serenatas, ya que él visitaba frecuentemente el pueblo, porque se encontraba locamente enamorado de la chica más simpática de pueblo que en ese entonces era la señorita Nelly.

Mi abuelo cada vez que escuchaba a Rosalindo Quintero, Edilio Bermúdez y a Raúl Illesca, y a muchos de la farándula guayaquileña, se le metió más y más en la cabeza tener una guitarra que casi hablara. Así hasta que logró darle la puntada final a su guitarra, a la cual la llamó La Burra.





La guitarra se convirtió en la gran admiración de estos grandes guitarristas que siempre habían visitado el pueblo, y en especial de Rosalindo Quintero, el cual se enamoró perdidamente de La Burra. De hecho quiso negociar y a toda costa tener este instrumento musical, ya que nunca en su vida había entonado una guitarra como esta, la cual no tenía precio porque mi abuelo nunca quiso desprenderse de su Burra; era su compañera en sus noches de bohemia.

Hasta que un día mi abuelo bebió hasta perderse y al llegar a su casa, que se encontraba ubicada en el Zapote Chico, llamó a su esposa para que lo ayudara. Pero como estaba demasiado ebrio no podía subir las escaleras y resbaló muchas veces, entró en coraje y comenzó a darle golpes a la escalera con la guitarra hasta quedarse con el pescuezo de La Burra en la mano. Cuando despertó de la borrachera comenzó a darse cuenta de que había perdido su guitarra.




ALEX STEVEN JIMÉNEZ
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Honduras.

Mi sueño

La historia que marcó mi vida se basó en mi abuelo. Él, desde muy temprana edad, se dedicaba a tocar y entonar la guitarra y desde el momento en que vi su guitarra me emocioné mucho. La tomé y con mucha emoción comencé a entonarla, aunque no tuve la oportunidad de que mi abuelo me enseñara.

Al pasar el tiempo tomé un gran cariño por la música y la guitarra. Seguí tocando hasta que aprendí a dominarla y desde ese momento me sentí preparado para entonar algunas canciones. Después comencé a ver videos tutoriales en internet y aprendí a

tocar una canción de un personaje animado. Esa fue la primera canción que había podido entonar, estaba muy emocionado al ver que mis esfuerzos daban frutos. Después aprendí a tocar otra canción, una que siempre escuchaba.

Me costó mucho trabajo poder aprender a tocar, mis dedos se lastimaban casi siempre. El problema también era que mi abuela no me dejaba tocar la guitarra porque era un recuerdo que tenía de mi abuelo, pero aun así tocaba a escondidas. Un día, dejé botada



la guitarra y mi abuela se molestó mucho conmigo y la escondió. Por un tiempo, dejé de practicar hasta que mi hermano se compró una guitarra eléctrica. Me emocioné inmensamente porque a mi hermano también le gustaba tocar.

Seguíamos tocando y viendo tutoriales. Mi hermano aprendía una canción y me enseñaba, yo aprendía una canción y le enseñaba a él. Creímos que el gusto por tocar la guitarra se heredaba de la familia, ya que a muchos en mi familia les gustaba.

Era tanto el gusto por la guitarra que la dominé muy bien y aprendí a entonar muchas canciones. No pierdo la esperanza de que algún día cumpliré mi más grande meta, que es tocar en un evento importante y que mis padres se sientan orgullosos por cosas que hago aparte de estudiar. Quiero llegar a ser un orgullo para mi familia y todo lo que hago hacerlo con amor, y jamás olvidar los valores que me han enseñado mis padres y mis queridos licenciados. Quiero poner esto siempre en práctica para llegar a ser una persona de bien.




MARCELA MONSERRATH GARCÉS
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa González Suárez.

La vuelta del músico

Sería el año 1900. Pujilí era un pueblo oscuro, triste y muy católico pero, claro, la música era una semilla que había germinado generosamente. Mi tatarabuelo, Víctor Suárez, integraba la banda del pueblo con su instrumento, el bajo de soplo.

Un día, después de un compromiso regresaba a su descanso y al bajar ya cerca del parque caminaba por la acera empedrada. Serían

las once y media de la noche. Miró que delante de él caminaba una dama muy elegante y garbosa. Músico al fin, y acostumbrado a admirar y galantear a las mujeres, se le ocurrió gastarle una broma: asustar a la dama sonándole el bajo en la oreja.

Así lo hizo. Y la dama volteó. ¡Santo Dios! Era una mujer, sí, elegantemente vestida, ¡pero su rostro era una calavera con ojos fosforescentes!

Mi tatarabuelo llegó a su casa echando espuma por la boca, sudando frío y afectado de temor e insomnio por varias semanas. Esta fue una diferente y tenebrosa muestra de lo que hoy llaman "La vuelta del músico".



WILMER ADRIÁN CAÍN
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Honduras.

Mi sueño hecho realidad

El hecho que ha marcado mi vida y pasado a formar parte de mi historia sucedió en Ambato, después de haber tomado una decisión importante.

Mi primo y yo decidimos inscribirnos en el conservatorio de música y estudiar piano. Las clases eran todos los sábados, los dos estábamos felices y con ganas de hacer nuestros sueños realidad.

En toda nuestra familia casi todos eran músicos y teníamos esperanzas de hacer música junto a ellos. El tiempo pasó muy rápido y adquirimos muchos conocimientos. Fue algo increíble porque quién iba a pensar que con apenas doce años de edad decidiéramos seguir el camino de la música. Nuestra familia estaba feliz y a la misma vez orgullosa porque mi primo y yo sabíamos, en ese entonces, por lo menos una canción.

Mientras el tiempo transcurría él y yo avanzábamos cada vez más. Interpretamos diferentes ritmos tales como música clásica, pasillos, canciones contemporáneas y muchas más. No fue fácil pero tampoco imposible porque para los dos se nos iba



convirtiendo en realidad el sueño. El conservatorio está ubicado en Salasaca, casi en el centro de aquella comunidad. Las clases empezaban por la mañana, a las siete.

Álex, mi primo, vivía en el barrio Cristal, vía a Baños, junto a mis tíos, mientras que yo vivía en Huachi San Francisco, por el paso lateral. Mi mamá siempre se levantaba a las cinco de la mañana para darme el café a tiempo y yo siempre tenía que tomar tres buses para poder llegar a Salasaca. Tenía que salir de mi casa a las seis de la mañana los días sábados.

Hubo veces en las que él y yo ya no queríamos ir porque se nos dificultaba hacer tareas y recibir clases en el colegio además de ir al conservatorio. Al pasar unos tres años nos dimos cuenta de que ya sabíamos algo más que cuando habíamos ingresado. Desde ahí empezamos a practicar y comenzamos a perder los nervios en escenarios tanto grandes como chicos. Para iniciar salimos con los grupos de nuestros tíos. Repasábamos en familia cada uno su parte y nos alegrábamos, yo de mi primo y él de mí.

Hubo una ocasión en la cual compartimos un escenario. Tocamos juntos y aquella vez lloramos juntos, él tenía un grupo de música folclórica y yo tenía un grupo de música contemporánea. Lloramos de tanta emoción porque nosotros jamás pensábamos que esto nos iba a suceder.

Él fue para mí una inspiración, un motivo para seguir adelante, primeramente dando gracias a Dios y luego al optimismo y al apoyo de nuestros padres, familiares, amigos y muchas personas más. Éramos las personas que éramos gracias a todos ellos.

Luego sucedió una tragedia que hasta ahora no puedo superar: Álex, mi primo, se quitó la vida. Fue algo muy duro para mí, sentí que la mitad de mí murió pero decidí seguir adelante aunque él ya no estuviera conmigo.




KEVIN JAIR CHICAIZA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Inés Cobo Donoso.

La vida musical sin pensarlo

Una vez dos famosos músicos salían de un teatro donde dieron un concierto. Uno de ellos, llamado Joel, le dijo al otro que lo esperara en la parada de buses. Al caminar por un pequeño restaurante vio a una niña de aproximadamente diez años. Estaba sentada sin comida en la mesa. Le pareció muy extraño ver a una persona sin comida en un restaurante. Se le acercó y se sentó frente a ella.



Se puso a conversar acerca de su soledad en el restaurante, y la niña se puso a llorar al contarle que sus padres habían fallecido. Joel, muy triste, trató de consolarle y preguntó por su nombre y su vida. La niña se llamaba Paola y al contarle acerca de su vida Joel tomó la decisión de llevarle con él a sus presentaciones musicales. Le preguntó a Paola si quería acompañarlo a sus próximos conciertos y ella se sintió muy feliz al encontrar la compañía de Joel y aceptó irse con él.

Joel agarró a Paola de la mano y se la llevó a la estación de buses donde lo esperaba su compañero Santiago. Este, muy curioso, preguntó por la niña y Joel le dijo que era una amiga que había econtrado en un restaurante sola y abandonada, y que los iba a acompañar a su próxima presentación. Santiago estaba

sorprendido por la actuación de Joel pero igual se subieron al bus con dirección a Cuenca para su próximo concierto. No había casi nadie, estaban en el último asiento. Paola estaba sentada con Joel y Santiago solo.

Finalmente llegaron a Cuenca y se dirigieron a coger un taxi. Cogieron el taxi y se fueron al lugar donde iban a presentarse. Al llegar al hotel, Joel le dijo a Paola que era hora de trabajar y que si ella quería acompañarlos. Paola, muy feliz, dijo: "Me gusta cantar", y Santiago, sorprendido, le preguntó si podía cantar. Paola nuevamente le dijo que le gustaba mucho, así que Joel y Santiago empezaron a trabajar con ella en una canción.

Pasaron un día entero enseñándole cómo cantar correctamente y finalmente tuvieron buenos resultados. Faltaban ya dos días para la presentación del grupo, y Joel estaba muy feliz por la buena actuación de Paola y decidió ir a comprarle ropa para la presentación.

Finalmente, llegó el día. Paola estaba muy contenta, Joel y Santiago muy nerviosos por su primera actuación. Entraron a dar el concierto y, como todos los músicos, le pusieron ganas y llegó la hora del canto de Paola y todo salió de maravilla. Con mucha alegría y los aplausos de las personas, Paola se sintió muy feliz por tener esa oportunidad de cantar. Salieron de la presentación y después recibió una gran noticia de Joel. Le preguntó si quería ser parte de la vida diaria de él siendo su hija. Santiago, igualmente muy feliz, fue testigo de que Paola aceptara ser la hija de Joel. Así pasaron los días, meses y años, y el grupo fue muy reconocido por esta historia y su buena actuación.




DARLIN CALDERÓN
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa 29 de Septiembre.

Fui, soy y seré...

Mi historia comenzó desde pequeño, cuando vivía en el recinto Los Ángeles. Era un lugar cerca de una hacienda bananera y en nuestra casita habitábamos cuatro personas. Yo tenía ocho años cuando comencé a trabajar en productos agrícolas como verde, cacao y naranja.

Nuestros vecinos eran amigos de mis padres, teníamos días buenos y malos como todo el mundo pero así pasábamos. Salíamos a Los Ángeles a hacer compras pero con el paso del tiempo nos cambiamos de casa. Vendimos el solar que

teníamos y nos vinimos a vivir a El Empalme, a la parroquia La Guayas, donde teníamos otro solar. Comenzamos desde cero, sembrando frutas. Mis padres hicieron un préstamo en el banco para aumentar la producción, porque como había que poner químicos, se gastaba más dinero. Con el paso del tiempo la siembra dio sus frutos y terminamos de construir la casa y compramos chanchos, patos y gallinas.

Después decidimos vender la finca y nos mudamos al sector denominado 28 de Octubre. Vivíamos en una casa arrendada, propiedad de una tía, y de allí nos trasladábamos a trabajar unas tierras de unos tíos en La Guayas. Ellos se marcharon a España y a Italia y dejaron encargado a mi padre el cuidado de sus tierras. Construimos en estas tierras una casa y volvimos a sembrar nuevos productos, echamos otra parte de maleza para cultivar y sembramos hierba para alimentar al ganado que más tarde compramos, así aumentó nuestra capacidad económica. Teníamos en este terreno varios bosques de teca y boya pero también por estos bosques pasamos susto, porque había serpientes del tipo equis y la matacaballo. A mi padre y a mí casi nos muerden pero con un poco de suerte escapamos de ellas. En la finca se encuentra de todo pero hay que trabajar para tener lo que se quiere.

Al lado de la casa donde vivíamos, había un garaje y le pagamos a un albañil para que lo convirtiera en nuestra casa. Mi padre compró una moto para trasladarse a la finca, luego adquirió un carro. Por tener otros bienes y vivir en el pueblo, dejamos de ir a trabajar a la finca pero teníamos que estar pendientes porque había un mal vecino que hacía suyo casi todo lo que se producía. Así hasta que una parte de la familia tuvo que regresar a vivir allá para cuidar y los que estudiábamos nos quedamos en El Empalme.

Comencé a estudiar en la Escuela Caspicara, estuve allí hasta el tercer año. Me cambiaron a la Escuela Velasco Ibarra, donde

estuve hasta el séptimo año. Después el director nos envió a la Escuela 29 de Septiembre, donde estudié desde octavo hasta primero de BGU (Bachillerato General Unificado), en el que me encuentro actualmente.

Recuerdo que cuando estudiaba en la Caspicara unos profesores buscaban a un niño cantante. Me eligieron para que lo hiciera en una casa abierta que organizaba la escuela. Esta fue la primera vez que canté en público y me gustó, y de allí en adelante he tenido algunas presentaciones en instituciones educativas del cantón.



El hecho de poder cantar ha sido algo muy lindo en mi vida, ya que me ha permitido hacer nuevos amigos, sentir que hay personas interesadas en lo que hago y que me ayudan a seguir mejorando cada día. En mi primera presentación en el Teatro Charlie, en un evento de la Escuela 29 de Septiembre, sentí que me había ido bien. Ahí comencé a componer canciones, unas me salían bien, otras, mal, y así seguí con mi música y ahora que estoy en bachillerato me dio ganas de grabar un video musical y he comenzado a ensayar con guitarra.

Cierta ocasión, cuando salía del colegio, me encontré con un amigo que es guitarrista y que sabe cantar. Él tenía otros amigos que también cantaban y formamos un grupo musical al que llamamos Music Love Bt 10, y juntos compusimos una canción inédita.

En una presentación en el Colegio Velasco Ibarra había, como en todas partes, unos a los que les gustaba mi música, así como otros a los que les era indiferente y ponían mala cara. Nosotros seguíamos cantando y llegué a presentarme en la institución donde estudio, en la casa abierta. Por no quedar mal con mis compañeros y mis profesores hice una instalación clandestina y se dañaron unos micrófonos, unas guitarras y una caja musical.

Al día siguiente pedí permiso al director de la escuela para realizar una rifa. Gracias a Dios accedió y pasé por los cursos pidiendo la colaboración de mis compañeros para realizar la rifa que consistía en un pollo horneado y una cola. Llegó el día del sorteo y lamentablemente no logré recaudar el dinero para adquirir lo que se había echado a perder.




MARÍA DEL CARMEN AGUILAR
nació en Guaranda, Bolívar, en 1972. Actualmente es docente. Su hija Shirley Andrade Aguilar estudia en la Unidad Educativa Atacames.

Asombrosa historia vergonzosa de una novata

Esta historia trata de mi vida cuando cursaba el octavo año de educación básica. Tenía once años de edad y era una adolescente que sabía trabajar, desde muy chica, en cualquier actividad que mi padre emprendiera. Salía a las playas de Las Palmas y de Atacames

a tomar fotografías instantáneas, las llamadas Polaroid, junto con mi padre. Aprendí rápido. También tomaba fotos para revelar con cámaras profesionales como Pentax o Minolta, aunque recién estaba aprendiendo los secretos de la fotografía.

Con mi padre recorrí las calles de Esmeraldas en los desfiles, bautizos, matrimonios, graduaciones, quinceañeras y primeras comuniones. Todo tipo de acto que se nos presentara. Un día viernes, saliendo del Colegio Fiscal Margarita Cortez, como toda niña juguetona me quedé con la falda del colegio y me puse a jugar con mis amigas del barrio. Jugábamos con los patines y las



bicicletas que mis vecinitas nos prestaban. Jugábamos en plena calle Piedrahíta, entre Colón y Olmedo.

Ese día, de repente, llegó un señor en una camioneta en busca de mi padre para que fuera a tomar fotos a su hijo, que cumplía quince años. Yo le informé que en ese momento mi padre no estaba y él muy desesperado para que alguien lo auxiliara con esas fotos me preguntó si yo sabía fotografiar. Yo le dije que sí pero que no podía ir porque tenía que bañarme y cambiarme, además no quería dejar de jugar. Él me dijo:

—No importa, niña, ayúdeme, solo es una reunión familiar, solo lávese la cara y venga conmigo, yo me comprometo a traerla a su casa.

Ya era aproximadamente las 9:30 de la noche.

—Bueno —me dije, es una reunión familiar.

Rápido me alisté. Yo creía que la reunión familiar era papá, mamá e hijos. Me fui con mi falda del colegio y solo me cambié la blusa. Cuando llegué, ¡grata sorpresa!, ¡qué vergüenza! Me di cuenta que habían muchos jóvenes y mucha gente y me quería regresar a mi casa. Pero el señor me llevó hasta donde estaba el cumpleañero y ya me sentía más en confianza porque todos estaban listos, posando y me decían:

—Aquí, aquí, tómenos las fotos.

Yo contenta, como me encantaba tomar fotos comencé a disparar, toma aquí, toma allá.

Muy amables los chicos, chicas y familiares, contentos. Sí que tomé fotos y el *flash* alumbró por todos lados.

Este hombre me dio un anticipo de dinero para que se las revele rápido porque había familiares de otras ciudades que querían llevarse los recuerdos. Me fue a dejar a mi casa y contenta llegué y

se lo conté a mi padre. Él me dijo:

—Hija, ¿cambiaste de rollo?

—No, padre, no sabía eso.

—Hija, esta cámara está sin rollo. ¡Cómo es que tomaste tantas fotos! Era solo el *flash*.

¡Imagínense cómo estaba yo!

Mi padre se puso más atento a enseñarme todo sobre la fotografía. ¿Cómo explicarle a ese pobre hombre lo que había sucedido? Pero yo, rápido, lo busqué para explicarle y devolverle su dinero. Cuando lo encontré, él solo bajó su cabeza de tristeza.






ERICK PAREDES
nació en Cayambe, Pichincha, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo. Su actividad favorita es dibujar lo que siempre ha deseado que exista.

El soñador amigable

Al caminar por los lugares más ocultos de las tinieblas asoladas por un manifiesto de imaginación pura, se observaba a un amigable hombre llamado Tom, un adulto con ilusiones efímeras y duraderas. El único lazo que le unía con la realidad eran sus estudios en artes plásticas.

Muchos de los estudiantes que cursaban la misma carrera no le tomaban en cuenta, o lo envidiaban por sus dotes artísticas. No tenía muchos amigos pero siempre ansiaba el bienestar de cada uno de ellos, sin importar que fuese su amigo o no. Cada día que pasaba, ya sea en la universidad o en su apartamento, dibujaba bocetos de sus próximos trabajos.

"Este día estoy libre, terminé de realizar el boceto de mi pintura. Finalmente puedo visitar a Leticia", se dijo.

Sus amigos eran escasos. Sin embargo, los que tenía, siempre lo estaban apoyando en las buenas o en las malas. La compañera de Tom estudiaba programación y también le gustaba la poesía pero tenía problemas sentimentales y su familia no la apoyaba en lo absoluto. Por ello su autoestima iba decayendo y esto la llevó a consumir drogas. Por más que se le insistiera que las dejara, ella no lo hacía porque creía que nada ni nadie podría ayudarla.

Tom se encontraba en la puerta del hogar de Leticia, tocó tres veces la puerta y esperó.

—Ya salgo, voy en cinco minutos —dijo Leticia desesperada.

"Veo que Leticia se va a tardar, siempre ha actuado de esta manera. Nunca hace las cosas a tiempo y deja de lado todo", se dijo. "Quisiera que ya estuviera recuperada y que por fin dejara las drogas", se repitió y continuó: "Ahora que lo pienso bien, me es imposible ayudarla pero hay en mí una ilusión que me dice que sí".

Leticia abrió la puerta de su apartamento y lo dejó entrar, cuando pudo verlo sintió una gran felicidad. Para ella, Tom era de los pocos que realmente la comprendía y hacía todo lo posible por ayudarla.

—Hola, amigo, es un gusto volver a verte —dijo con voz alegre.

—Lo mismo digo, Leticia, al escucharte siento que te pasa algo —dijo con curiosidad.

—No, estás equivocado, lo que pasa es… —hubo silencio de su parte y luego concluyó—: Volví a recaer en mi adicción a la cocaína.

—Es la tercera vez. Sabes que si sigues así, lo único que lograrás será hacerte daño.

Con la intención de acoger a Leticia en sus lágrimas impalpables, Tom decidió consolarla a pesar de que él sintiera tristeza también. Ambos se quedaron toda la noche de esta manera y con impotencia fueron a la universidad. A causa de su insomnio, Tom se durmió en el receso, sin imaginar lo que pasaría después.

Al despertar de su sueño, su conciencia estaba varada en medio del salón de clases pero había algo distinto. Nadie estaba presente ni siquiera dentro o fuera de la universidad. Todos se habían ido y no quedaba ningún rastro de ellos. Tom se impresionó y decidió caminar por todo el establecimiento en vano.



“Qué extraño, cómo es posible que nadie esté aquí, no lo entiendo, ¿estoy soñando?”, se dijo.

Sin previo aviso, apareció una persona a su lado, susurrándole al oído que le siguiera, sin más. Decidió seguirlo creyendo que todo lo que veía era la fantasía de un sueño inusual. Al cruzar un bosque, el misterioso ser se detuvo allí, señalando una cabaña donde la vegetación estaba seca y marchita. No le dio demasiada importancia y entró al sitio señalado por el individuo. Encontró varios cuadros y lienzos en blanco además de arcilla para modelar.

—Lo que estás viendo es una parte del futuro de tus compañeros, tú decides si los ayudas o no. El costo será la esencia de tus oportunidades —dijo seriamente.

Luego de haberle dicho estas palabras, Tom despertó pero esta vez ya no se encontraba solo, todos sus compañeros estaban ahí. Como era de esperar seguía muy preocupado por lo que le había dicho el sujeto desconocido. En una monomanía por saber si lo que vio fue real, fue en busca de la cabaña. Una vez cruzado el bosque de sus sueños, la encontró y todo era tan real como en su sueño. No lo podía creer.

Al acercarse al cuadro sin pintar, sin darse cuenta, se le aparecieron pinceles y pinturas en sus manos, algo le decía lo que tenía que hacer. Su ser lo único que hacía era obedecer sus deseos de ayudar a Leticia, así que decidió pintar un cuadro. Pero no cualquier cuadro sino uno donde ella estuviera feliz, donde los problemas que ella tenía ya no existieran más, pero no paraba de recordar la advertencia que “el guía” le había mencionado. De todos modos lo hizo y regresó a su apartamento ansioso y con un anhelo incontenible de ver a su amiga con bienestar.

En el transcurso del día siguiente, Tom vio que su amiga se encontraba feliz, se acercó y le preguntó: “¿Te sientes mejor ahora

Leticia?". Respondiéndole amablemente dijo que se encontraba bien, que en la mañana toda su tristeza se había desvanecido y que ya no necesitaba de drogas para sentirse feliz.

Era imposible contener la alegría o las lágrimas de tan alegre noticia y más aún porque aquel día era la selección de los mejores cuadros. Tom estaba seguro de que iba a ganar pero de sorpresa ganó otro estudiante. Se le hizo muy extraño porque todos los maestros le habían comunicado con un día de anticipación que él sería el ganador. Se acercó a tratar de aclarar su situación y solo le dijeron que ellos nunca le habían dicho nada. Tenía muchas dudas pero las dejó pasar. Tenía mucho por hacer al tener esta capacidad de ayudar a los demás, no debía desperdiciarla en lo más mínimo. Especialmente si consideraba aquello de "la esencia de oportunidades". Se dio cuenta de que su vida se acabaría si abusaba de ayudar.



Leticia no era la única que tenía problemas, Jamie también tenía problemas. Era muy imaginativo, tenía bajo rendimiento, no presentaba los trabajos. Lo que más le diferenciaba del resto era su gusto por los videojuegos y su depresión. También estaba Tim, que padecía impulsividad y ansiedad y su única actividad favorita era presionar una pelota antiestrés. Por otro lado se encontraba una persona llamada Rammy, que odiaba a las personas, fueran quienes fueran. No le gustaba estar acompañado y siempre estaba solo.

"Tantas personas sin ayuda", se dijo Tom con un suspiro, y de una vez por todas ayudó a todos en la cabaña de la redención. A Jamie le pintó un cuadro donde sonreía mientras tenía un birrete puesto en la cabeza; a Tim lo esculpió con los materiales que le fueron otorgados sin obviar la sonrisa. El último en librarse de su mal interior fue Rammy, cuya salvación fue un óleo en un lienzo y al igual que los cuadros o la escultura, en este sonreía.

Él estaba consciente de que todas sus oportunidades se desvanecían por cada persona que pintaba en sus obras más preciadas. Las graduaciones estaban próximas y era muy probable que no pudiera asistir. Hasta que llegó el día definitivo.

No asistió a las graduaciones porque un suceso inesperado le estaba ocurriendo a Leticia, pues resultó que la pintura que había realizado se estaba deformando en el centro de la garganta. Preocupado, la fue a visitar, pero no estaba en casa, entonces le preguntó a Jamie y él le dijo que estaba en el hospital. Sin perder tiempo corrió hacia el hospital y la encontró postrada en la cama. Preguntando a los médicos la razón de su estadía, le mencionaron que tenía cáncer de laringe. Se quedó inmóvil y lo que pasó por su mente fue impensable.

Con las lágrimas contenidas en su corazón, no tuvo más remedio que hacer otro cuadro porque el otro cuadro de Leticia

era irreconocible. Cada vez que trazaba o daba una pincelada al cuadro, todo su ser se iba transformando en una escultura, le dolía mucho. Se dijo: “Si es por las mejores personas que conocí en mi vida, pues lo haré”. Sus ojos apenas veían y como último aliento decidió tomar el cuadro para cuando ella llegase.

Al amanecer, los compañeros ayudados por Tom tuvieron un sueño donde él mismo se estaba esculpiendo, como si todo lo que hiciera con intenciones benéficas para los demás, en su alma, le resultara una fatalidad y detrás se veía una silueta con una brillantez esplendorosa. El mismo ser que apareció en sus sueños los guió y llegaron a una cabaña.

Todos se quedaron estupefactos al ver que su amigo se había convertido en una escultura inerte. Leticia, que fue la más afectada, no podía creer lo que veía y solo se arrodilló y empezó a llorar de tristeza. Sin saberlo, Tom, en el valle de la bondad, se había convertido en su obra más importante “El Soñador Amigable”.

JENNY FRAGA
nació en Tulcán, Carchi, en 1992. Trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Carlos Romo Dávila. Su actividad favorita es pintar.

Mi historia en colores

Todo empezó aproximadamente a los siete años de edad. Era una niña inquieta, demente y de una mente llena de imaginación e inquietudes por descubrir. Tenía de esos sueños que están atados a otro sueño del cual no puedes despertar. Intentas abrir los ojos y observar desde el subconsciente que la vida es una obra de arte puesta en escena.

A medida que mi cuerpo y mente se iban desgastando a través del tiempo y el espacio, mi historia, en colores, se proyectaba en la presencia del ser humano. Es decir, se mostraba como una evidencia de la existencia en el mundo, que además de transmitir significados se manifestaba en mi lenguaje corporal.

Por otra parte, mi cuento se proyectaba desde un pasado, un presente y un futuro que tenía como objetivo representar, a través del arte y desde la pintura, tres momentos que conformaban la totalidad del cuerpo. Así aparecían la herida, el dolor y la agonía.



Cuando represento la corporalidad del ser humano a partir de tres percepciones distintas muestro al cuerpo no como se ve externamente, sino como está percibido desde su interioridad, a modo de reflejar un sentimiento individual. La intención está en crear conciencia de cómo nos vemos en realidad desde las tensiones y conflictos que viven en el cuerpo, a modo de fusionar la vida con el arte.

Cada forma envuelta en colores se proyecta hacia una libertad de acción y pensamiento con la urgente necesidad de un cambio, y de reemplazar lo represor a una experiencia más libre a través de la existencia corporal. Deformar la figura humana es expresar lo que se encuentra más allá de la realidad, acercarse a la esencia del ser humano es lo que no puede verse sino sentirse. Mi percepción está forjada al expresar la realidad de una manera subjetiva dentro de la naturaleza del ser humano.

DORA IRALDA POZO
nació en San Isidro, Carchi, en 1971. Trabaja en la Unida Educativa San Isidro. Su actividad favorita es leer.

Tejiendo sueños

Hace más de medio siglo, en una ya centenaria parroquia, nacía el arte del tejido de sacos de lana de borrego. Esta habilidad se convertiría por décadas en el sustento económico de madres, esposas e hijas de la parroquia San Isidro, así como de pueblos y comunidades aledañas ubicadas al sur de la provincia de Carchi.

Entre tantas familias donde se heredaba y trasmitía el arte del tejido estaba la de doña Carmen Clemencia Quinteros Flores, madre de doña Inés y abuela de quien trasmite esta historia de

vida, llena de esperanzas, sueños, metas alcanzadas y tejidas puntada tras puntada.

Una niña de ocho años entre sus juegos, estudios y vida familiar, como pasatiempo favorito, aprendió el tejido para luego ayudar a su madre a complementar las prendas por las cuales recibían una insignificante cantidad de dinero como pago por parte de comerciantes otavaleños. Los que exportaban esta producción a Norteamérica y países europeos se llevaban grandes ganancias económicas y el reconocimiento mundial de esta apreciada artesanía.

Pasaron los años de infancia, adolescencia y juventud hasta que formé mi hogar y el arte del tejido ya no fue un pasatiempo



ni un adicional, sino una fuente de ingreso y sustento económico para aportar al trabajo de mi esposo.

Entre el tejido y las actividades propias de una ama de casa transcurrió poco más de una década antes de que Dios, la vida y un incondicional maestro y amigo me ofreciera la oportunidad de ingresar a formar parte de las filas de los maestros que brindan su vida a la primera infancia de nuestro país. Es decir, prestar mis servicios a los niños más pequeños del nivel educativo en el entonces llamado PRONEPE —Programa Nacional de Educación Preescolar—, perteneciente al Ministerio de Educación, hoy reconocido y elevado a nivel de Educación Inicial.

El reto que había asumido no era fácil, siendo una bachiller y madre de familia por más de una década dedicada a mi familia, a tejer día a día sacos de lana de borrego, a ser maestra de niños y niñas de cuatro y cinco años. Realmente existía un gran abismo. Sin embargo, la confianza depositada en quien me había dado la oportunidad, la necesidad de educar a tres niños, el deseo de superación, fueron motivos más que suficientes para abandonar los agujones y auto prepararme pedagógicamente. Debo reconocer el apoyo y guía de quien dirigiera en la provincia el programa infantil y algunas entrañables compañeras y amigas.

Las exigencias institucionales y la gran responsabilidad de formar a futuros ciudadanos crearon en mí la necesidad de prepararme académicamente. Ingresé a buscar una alternativa de estudios y es así que formé parte de las filas de estudiantes universitarios en la modalidad a distancia, donde luego de algunos años de compartir estudios y necesidades económicas con mis cuatro hijos, mi nieto y mi esposo, alcancé la formación académica de tercer nivel. Fui tejiendo día a día mis sueños y los de niños y niñas que año tras año comparten juegos, rondas,

expresión artística, corporal, y manipulan arcilla, plastilina y crean sus propias historias, sueños y fantasías.

No cabe duda de que cada arte, especialización, ocupación, profesión forma y crea en el ser humano la fortaleza necesaria para tejer su futuro con hebras de esperanza y perseguir quimeras hasta convertirlas en una realidad. Puntada tras puntada se van tejiendo los sueños. Nada cae del cielo sin un esfuerzo, sin un sacrificio, pero al final del túnel brilla la luz y la satisfacción es la meta cumplida.

Siendo bachiller, egresada de una prestigiosa universidad, contratada año tras año durante una década, ingresé al concurso "Quiero ser maestro". Obtuve la elegibilidad pero por la estrecha situación económica aún no contaba con el título de licenciada. Fui separada del Magisterio y transcurrió un año hasta que alcanzara la tan anhelada titulación y con esto ser convocada a dar la clase demostrativa. Pude superar la puntuación necesaria para alcanzar el nombramiento definitivo e ingresar a trabajar en la Unidad Educativa "San Isidro" que funciona en la tierra que me vio nacer, crecer, reproducir y espero que luego de muchos años me vea también morir.

LOLA CECILIA MOLINA
nació en Quito, Pichincha, en 1970. Trabaja en la Unidad Educativa Ambato. Su actividad favorita es enseñar.

Primero fui mamá, luego docente

Hoy me levanté como todos los sábados, aunque un poquito más tarde, mirando a la pared muy limpia y colorida, y recordé nuestra venida a Ambato. Atrás dejamos a mi querida Quito. Mi esposo, mis hijos y yo estábamos un poco tristes, temerosos y sobre todo retadores.

Mi esposo vino a trabajar en una empresa de salud prepagada, inscribimos a mis hijos en la escuela y yo... Mi único refugio era

ir muy temprano a misa. Pensaba: “¿Qué haré?”. Siempre tuve ese bichito de querer terminar la universidad (tres años de auditoría olvidados), pero no lo pude hacer. Me casé, vino mi hija Poulette, la niña de los ojos de mi esposo, y luego mi hija Katherine, que falleció después de un mes de nacida. Después nació mi hijo Bismarck, que me devolvió la vida, y mi último hijo, Dilan, el más serio y juicioso.

Como tenía tiempo me dediqué a cuidar a mis hijos, a preparar la más rica comida, porque a mi esposo y a mí nos gusta la comida típica quiteña, y a ir a las reuniones en la escuela de mis hijos (siempre era la presidenta o tesorera). También me dediqué a tener limpio mi hogar, un departamento inmenso en el sexto piso. Muchas veces no tenía qué hacer y me distraía con series televisivas.



Decidí inscribirme nuevamente en la universidad, lo hice en la Técnica de Ambato. Aprobé las pruebas y escogí la carrera de Educación Básica. Al poco tiempo de estudios pude ingresar a trabajar en una escuela rural. ¡Qué tiempos aquellos!

Allí di mis primeros pasos como docente. Tenía nuevos hijos, más temerosos, más indefensos. A uno que otro lo llevaba en brazos hasta que se "acostumbre". Sí, todavía los recuerdo, bajando del páramo con sus mejillas rojas quemadas por el frío, bien abrigados, algunos limpios, otros sucios, pero siempre presurosos y con muchas ganas de aprender. Recuerdo a la pequeña Carmita con su *alli puncha* (buen día) y a Wendy con su cabello largo recogido en una trenza (siempre vestía su traje típico limpio y bien acomodado), toda ella elegante.

Fue duro para mí trabajar, estudiar y seguir siendo mamá, pero no fue tan difícil porque siempre conté con la ayuda de mi esposo, el gran compañero de mi vida.

Me gradué con bombos y platillos, y el más feliz creo que fue mi esposo, ya que yo, nerviosa, solo posaba para las fotos del recuerdo.

Como docente, ya con título, di clases en la ciudad, en una institución fiscal muy conocida. Allí mis nuevos hijos tenían alrededor de once años. ¡Ay si los recordaré! Cómo no recordar a Sofi, la única niña en medio de treinta y ocho niños, la defendía a capa y espada, tan delicada, tan estudiosa que siempre se anticipaba a los programas escolares. Todos sus compañeros estaban enamorados de ella; a Kevin con sus ojitos verdes, molestoso y pícaro en el buen sentido; a Justin, tan dedicado, estudioso y juicioso, cuya carita tenía muchas pecas. Imagínense a todos los niños empezando la adolescencia. Pienso que mi experiencia como madre me ayudó a poder guiarlos.

En esta institución conocí a compañeras que también fueron madres y después docentes, Jaqueline y Ximena. ¡Qué tiempos aquellos!, compartíamos todo, todos éramos una gran familia.

Ya en otra institución educativa, que también tiene su muy merecido prestigio, mis hijos tenían alrededor de ocho años. La más querida y recordada: Sofi, rubia, hermosa y coqueta, que siempre me acompañaba en el recreo. ¿Cómo olvidarme de mi querido Joshua? Le encantaba hacer figuras de origami, siempre me obsequiaba alguna de ellas. ¡Ay! ¿Cómo no acordarme de Doménica? Pequeña, inquieta y muy habladora, sabía todas las travesuras que hacían sus compañeros y creía que sabía las travesuras de los estudiantes de toda la escuela. Siempre que me ven corren a abrazarme, es grato sentir su cariño en cada abrazo que me dan.

Mis actuales hijos tienen alrededor de seis años, y de uno en uno van cumpliendo siete; desde que empezó el año lectivo han desfilado los cumpleañeros, uno tras otro. Poco a poco los voy conociendo. A futuro también sentiré ese dolor al dejarlos, al terminar el año lectivo. Me pongo triste al verlos porque pienso que crecerán y se olvidarán de mí.

Alguien me dijo: "Un docente no debe encariñarse con sus estudiantes, ya que al dejarlos se siente vacío". Tal vez sea necia, ¿qué voy a hacer?, pero en mi corazón siempre serán mis queridos segundos hijos.

Mi ingreso al Magisterio no fue tan normal que digamos ya que primero tuve mis hijos y luego decidí ser docente. Pero mi experiencia como madre me ha ayudado a llevar de mejor manera esta magnífica aventura. Me gusta enseñar y a la vez aprender de mis segundos hijos, sí, porque también ellos me enseñan.




VIRGILIO CUVI
nació en Gatazo Grande, Chimborazo, en 1963. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Ing. Hermel Tayupanda. Su actividad favorita es la lectura.

El niño Luis

Había una vez un niño llamado Luis que vivía en el campo y que a los seis años ingresó a una escuelita de su comunidad. La escuela se encontraba a un kilómetro de distancia de su casa, en donde se encontraba un niño llamado Tomás. Desde el primer día se sentaron juntos los dos y se hicieron muy amigos y se llevaron muy bien. Jugaban en los juegos infantiles, al fútbol o a las cogidas.

Con el pasar del año, en los grados superiores, conocieron a un niño llamado Jorge, del cual también se hicieron amigos. Cuando hubo competencias en la parroquia, siempre, los tres participaban

en diferentes disciplinas y quedaban en primer o segundo lugar a nivel de la parroquia; disfrutaban mucho de sus triunfos. Pero en una de esas competencias perdieron y no alcanzaron los primeros lugares. Sin culparse se sentaron a meditar por no haber logrado el triunfo deseado. Tomás dijo: "Bien amigos, este año no ha sido para nosotros, ahora hay que seguir trabajando. No debemos perder la esperanza, el próximo año será nuestro".

Del mismo modo, el profesor los incentivó con el siguiente refrán: "El hombre debe estar preparado para perder y ganar". De esta manera continuaron sus estudios. Cuando llegaron a terminar la instrucción primaria se pusieron muy tristes porque les tocó la hora de la partida. Se abrazaron y lloraron, manifestando, uno de



ellos: “Algún día nos volveremos a encontrar, en el transcurso de la vida, nunca jamás olvidaremos nuestro pasado”. Del mismo modo se despidieron de su profesor, al que también hicieron llorar.

Después de cuatro años se volvieron a encontrar en la comunidad, donde se contaron sus vidas. Tomás dijo que estaba siguiendo un curso de sastrería; Jorge contó que estaba estudiando en el sindicato de choferes; y Luis dijo que él no estudiaba nada, solamente trabajaba en las construcciones en la ciudad de Quito. Luego de una larga conversación se despidieron.

Luis, angustiado, al escuchar a sus amigos, meditaba pensando por qué no podía estudiar como ellos. Entonces empezó a buscar cupo en un colegio, logrando inscribirse en el primer curso a los diecisiete años. Allí conoció a un nuevo amigo llamado Segundo, pero cuando cursaba el segundo curso falleció su padre y quedándose huérfano de su progenitor estuvo a punto de retirarse de los estudios; no tenía alguien que le apoyara económicamente. Pero este amigo, Segundo, decía: “Vamos a luchar juntos, debemos ser alguien en la vida”. Por lo tanto optaron por viajar en bicicleta a la institución educativa que se encontraba a tres kilómetros de distancia. Y así viajaron durante ocho años y así continuaron sus estudios.

Cuando estaba en el cuarto curso, Luis fue becado, y esto le motivó a continuar sus estudios, logrando graduarse como profesor de primaria. Comenzó su profesión en una escuelita unitaria con quince alumnos, en la cual pasaba una semana. Las tardes salía con los alumnos a pescar en un río que pasa junto a su escuelita, era querido por los padres de familia y por toda la comunidad.

Luego de un año se cambió a una escuelita pluridocente, de cuatro maestros, a donde viajaba todos los días. Regresaba a su casa para compartir con su familia y volvía. Meses después se



cambió nuevamente a una nueva escuelita, a la cual nuevamente comenzó a viajar en bicicleta recordando su vida estudiantil. Esto ocurrió por falta de transporte a su lugar de trabajo, hasta que luego de varios años tuvo un nuevo cambio a una escuelita de seis profesores, la cual posteriormente fue transformada en Unidad Educativa.

Desde entonces sigue trabajando muy alegre, desempeñándose como un verdadero maestro, compartiendo con todos sus compañeros de trabajo. Allí se hizo amigo de muchos compañeros. En la actualidad continúa laborando en una prestigiosa institución, compartiendo sus experiencias y aprendiendo de los demás. El aprendizaje nunca termina, solamente puede terminar con la muerte del ser humano.




MARGOTH ENMA PAPA nació en Tigre Playa, Sucumbíos, en 1989. Actualmente es docente. Su hija Kimberli Mayte Camasca Papa estudia en la Unidad Educativa Unión Orense.

La historia de Margoth

Nací el 5 de noviembre de 1989 en la comuna Tigre Playa, a las orillas del río San Miguel. Tengo cuatro hermanas y un hermano. A los seis años realicé mis estudios gracias a la ayuda de mis padres y pude culminar la primaria en la Escuela Gerónimo Carrión, ubicada en Cantagallo, sin tener ningún inconveniente. Terminé en el año 2002. Luego ingresé al internado de las Hermanas Carmelitas para continuar con mis estudios secundarios en el

Colegio Unidad Educativa San Miguel, por motivos de distancia, ya que era el único colegio que existía en el cantón Putumayo.

Cuando estaba en sexto curso, en el año 2009, fui elegida presidenta del consejo estudiantil. Era una responsabilidad muy dura para mí porque no sabía cómo desenvolverme al presentarme frente a una autoridad. En ese entonces llegó el Presidente de la República al aniversario del cantón y fue cuando se reunió con todas las autoridades de Putumayo, incluida mi persona. En esa conversación nos ofreció un Colegio del Milenio, que en la actualidad tenemos. Pasaron los meses y me gradué en Contabilidad y Comercio.

Pronto salí a la ciudad de Lago Agrio a buscar trabajo porque para eso me sacrifiqué estudiando y quise aprovechar. Trabajé en diferentes cosas como en una zapatería, en un restaurante y por último en la oficina de un abogado como secretaria, pero en realidad no me gustó ninguno de los tres empleos.

Con el pasar el tiempo regresé donde mis padres. En ese entonces tuve un cargo en la comunidad, me nombraron tesorera. Un día salí a Puerto el Carmen a depositar un dinero que tenía en mis manos y que temía perder. En ese momento se me presentó un licenciado llamado Fausto Vargas, de la DIPEIB-S (Dirección Provincial de Educación Intercultural Bilingüe, Sucumbíos), y me preguntó: "¿Eres bachiller?". Le respondí que sí lo era. "¿Y de dónde eres?", preguntó otra vez. Le dije que de la comuna Tigre Playa y así continuamos dialogando.

Luego me hizo una propuesta, que si yo quería trabajar como docente. Aprovechando esa oportunidad acepté. De inmediato comencé a armar mi carpeta, tardé ocho días en hacerlo. Luego me llamaron para que firmara el contrato, y yo fui muy emocionada porque iba a mostrar gratitud a mis padres por su apoyo y aprovechar esta oportunidad. Desde ese entonces entré a trabajar como docente.

Ser docente en la vida no es fácil.

El 2 de diciembre de 2010 ingresé al Magisterio a trabajar en la Escuela Simón Bolívar. Para ese entonces me informaron que estaba ubicada cerca de la ciudad de Puerto el Carmen, a unos treinta minutos aguas abajo por el río Putumayo.

Cuando emprendimos el viaje, la verdad, no fue como ellos me dijeron antes de que firmara el contrato. En realidad era bastante lejos porque tardamos cuatro horas en llegar al sitio requerido. Me arrepentí mil veces por haber aceptado. El día en que llegué tuve un mal recibimiento por parte de los padres de familia y por la noche los mosquitos no me dejaban descansar.





Al día siguiente empecé mi primer día de trabajo con los niños. No sabía cómo comenzar ni cómo terminar pero a pesar de las circunstancias pude salir adelante gracias a mi Señor.

Durante el lapso que estuve trabajando en ese lugar aprendí muchas cosas de la vida, como por ejemplo que los padres de familia algunos apoyaban y colaboraban mientras que otros no. A pesar de todo pasaba muy bien. Trabajé durante dos años y luego me dieron el pase a otra institución llamada León Febres Cordero. Esta escuela sí quedaba a treinta minutos aguas abajo del río Putumayo, en ella pasábamos súper bien ya que teníamos la oportunidad de visitar a nuestra familia los fines de semana. Allí trabajé por el período de un año.

Un día domingo salimos a sufragar y retornamos. Esa noche del 17 de febrero de 2013 fue el momento más difícil de mi vida. No nos dejaron dormir toda la noche hasta las 4:30 de la mañana. Tiraban

piedras, palos, raspaban y golpeaban las paredes, no teníamos a quién gritar o pedir auxilio, ya que la escuela estaba abandonada. Amanecimos sentados con mi esposo. Apenas aclaró el día fuimos donde el presidente de los padres de familia para reunir a todos los representados y contarles lo ocurrido.

Supe manifestarles que ya no iba a trabajar más allí y se pusieron muy tristes pero no había otra forma porque estaba decidida a renunciar. Les agradecí a todos por el apoyo que me habían brindado y partí rumbo a Puerto el Carmen con todas mis cosas.

Al día siguiente salí a Tarapoa, al distrito, a pedir mi renuncia como docente y ellos me preguntaron por qué. Solicitaba la renuncia por lo ocurrido esa noche. Entonces tomaron otras medidas y me ayudaron para que yo no renunciara al Magisterio, y me reubicaron en una escuela más cercana a donde yo residía. Acepté y doy gracias a mi Dios por iluminarme en todos esos obstáculos que se me presentaron y supe salir adelante. En la actualidad me encuentro laborando en la escuelita Amarun Kucha por tres años como líder educativo y con treinta y tres alumnos, desde segundo hasta séptimo.




WASHINGTON DARLING SANTACRUZ
nació en General Vernaza, Guayas, en 1990. Trabaja en la Escuela de Educación Básica 9 de Octubre. Su actividad favorita es leer.

Narración de mi vida

Nací un 28 de junio de 1990 en la parroquia General Vernaza, cantón Salitre, de la provincia del Guayas. Bajo los cuidados y esfuerzos únicos de mi mamá y hermana, crecí y logré completar mis estudios primarios y secundarios en instituciones educativas de mi localidad. Mi vida durante mis primeros años hasta los dieciocho fue muy difícil porque no contaba con el apoyo económico de mi papá para poder culminar mis estudios.

Tuve que trabajar desde muy pequeño en la calle, vendiendo periódicos, y en la escuela y colegio les vendía golosinas a mis compañeros, para tratar de cubrir los gastos que tenía en el colegio y con mi mamá.

Con la bendición de Dios y el apoyo incondicional de muchos familiares como tíos y tías, finalicé mi bachillerato a los dieciséis. Una vez terminada mi instrucción secundaria seguí trabajando muy duro ya que mi mamá dependía de mí. Había crecido y me tocaba retribuir todo lo que en algún momento ella había hecho por mí. Fue entonces cuando comencé a trabajar temporalmente en restaurantes, o haciendo encargos, ya que por mi corta edad no me aceptaban en ningún tipo de empresa.



Cuando cumplí dieciocho se me dio la oportunidad de ingresar a trabajar en el municipio de Salitre, en ese entonces, como profesor municipal en una escuela del recinto Bebo, llamada hasta la actualidad Cristóbal Colón. Mis deseos de superación me llevaron a estudiar una carrera universitaria que me permitiera seguir trabajando como docente. Sentía que era algo que hacía con gusto y quería servir a esos niños que me recibían día a día con ganas de aprender algo nuevo.

Con el dinero que ganaba como profesor terminé mis estudios superiores en mayo de 2014, en la modalidad semipresencial. Así logré graduarme como licenciado en Ciencias de la Educación. En la actualidad continúo siendo docente porque mis ganas de lograr un puesto en la carrera que me apasiona nunca han claudicado. Pude obtener mi nombramiento y aunque ha sido un camino muy difícil de recorrer sigo de pie, luchando por lo que me gusta hacer, haciéndolo de la mejor manera y ganándome el aprecio de todos quienes me conocen.

WILLAS HARVEY TENORIO
nació en Esmeraldas, Esmeraldas, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Nanegal. Su actividad favorita es la docencia.

La historia del gallo giro

I

Lo que les voy a contar
es una historia verdadera
del viejo que es gallero
y murió en la gallera.

II

Este era el concurso
celebrado cada año
donde iban aficionados
a hacer pelear a sus gallos.

III

En eso llegó el viejo
que en su vida había soñado
tener un hermoso ejemplar
para ganar dicho acto.



IIII
Soltó la primera pelea
se arrebolaron los gallos
y en menos de un minuto
el de él se quedó tirado.

V
Con el pico bien abierto
era que se había ahogado
por el pulmonazo obtenido
de aquel gallo colorado.

VI
Jugó el otro y lo mataron
así él siguió jugando
perdió diez
y lo dejaron pelado.

VII
Como todo un caballero
enseguida se ausentó
sin decir ¡ay mi dinero!
ni tampoco un clamor.

VIII
Se marchó hacia su casa
ahí fue donde se sentó
como todo un quinceañero
ante él se prometió.

tener el gallo apreciado
como antes su mujer
que en sus brazos una tarde
se durmió para nunca más volver.

IX

Marchose hasta Cartagena
a traer el reproductor
y llegó hasta Bolivia
donde lo consiguió.

X

Con la gallina apropiada
él cumplió su misión
tener el gallo apreciado
para aquella ocasión.

XI

Pasaron los ocho meses
ensayó a su elegido
con estruendo alboroto
despertó a la afición
que el pueblo entero murmuró
este será el campeón.

XII

Llegó el veinte y seis de mayo
eran las cinco de la tarde

hora de la gran pelea
la favorita de Nanegal.

XIII
Era la del gallo giro
que tenía que enfrentarse
con el pinto de otro lado.

XIV
Y se abrieron las apuestas
como nunca había ocurrido
todos daban cien a ochenta
hasta un loco dio cien a cuarenta.

XV
Mientras tanto escucha en silencio
el viejo zorro y gallero
pagaba todo
hasta un dólar había apostado
porque él era el único que sabía
la pureza de su gallo.

XVI
Soltaron los gallos al ruedo
en eso se arrebolaron
el uno cayó tumbado
y el otro fue pulmoneado.

XVII
Con el pico entre garganta
los dos gallos se mataron
y fue la gran tristeza
para el viejo que ha soñado
tener la medalla del año
la favorita de Nanegal.

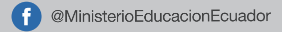
XVIII
Y marchose el caballero
como chico de quince años
de haber quedado plantado
en una esquina del barrio.

XIX
A las seis de la mañana
el noticiero informó
de la gran medalla del año
para el giro que es campeón.

XX
El viejo al enterarse
se llenó de emoción
que fue tanta la impresión
que le falló el corazón
quedó muerto en la silla
donde un día murió su amor.



En este libro encontrarás relatos sobre la gente y sus ocupaciones: los deportes que practican, los instrumentos que ejecutan, las profesiones que han soñado, las que han desempeñado, y uno que otro oficio que se ha olvidado con el tiempo y la modernidad. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.




@Educacion_EC

/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec